ORIGENES DEL HOMBRE

Los Israelitas (I)

31

TIME LIFE

folio

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Israelitas (I)

TIME LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Jonathan Norton Leonard
Asesores: Robert H. Dyson y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 1-2-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rihts reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-453-1 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-8486-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN I

Capítulo primero:
El pueblo que forjó una fe **8**
Secuencia gráfica: Tesoros de las Cuevas del Mar Muerto . **27**

Capítulo segundo:
La Promesa y el Pacto **34**

Capítulo tercero:
Éxodo y Mandamientos **50**
Secuencia gráfica: Trazando el recorrido a la Tierra Prometida **69**

Introducción

De todos los pueblos antiguos del Próximo Oriente, los israelitas son los que nos resultan más familiares; nos parecen conocidos, debido principalmente a la amplia difusión de la Biblia hebrea, que ha sido traducida a decenas de idiomas. Es la escritura sagrada del cristiano y del judío, representa un papel importante en la tradición islámica, y por ello ha quedado incorporada en la herencia humanística de la civilización.

No obstante, aun cuando la Biblia sigue siendo la principal fuente para conocer a los israelitas, los nuevos métodos de su estudio han alterado nuestros conceptos sobre este antiguo pueblo y nuestra interpretación del libro mismo. No hace mucho tiempo, el examen detenido y persistente de los textos bíblicos era suscitado principalmente por las preocupaciones teológicas. Mas el hecho de que hoy se disponga de nuevos materiales históricos —fuentes escritas, artefactos y restos de construcciones, ocultos todos desde muy antiguo y descubiertos por los arqueólogos modernos— ha revolucionado nuestra manera de entender los textos.

Según la tradición bíblica, los patriarcas ancestrales y sus clanes nómadas que vivían en Canaán fueron los primeros que celebraron un pacto con el dios de Israel, quien prometió Canaán a sus descendientes. Empujados por desastres naturales y el hábito nómada de errar continuamente, los clanes patriarcales bajaron a Egipto y vivieron allí durante varias generaciones, por lo menos, en cuyo tiempo se vieron reducidos a la servidumbre. Por

último, el dios de sus padres se acordó de la promesa hecha a los patriarcas y envió a Moisés a sacarlos de la esclavitud, demostrando con ello su supremacía sobre los dioses del poderoso Egipto. Luego, su dios reveló su ley a los israelitas en Sinaí, renovó el pacto e insistió en el culto exclusivo.

La siguiente etapa importante en el desarrollo del monoteísmo se produjo en el siglo VIII a. de J. Profetas como Isaías, reaccionando ante la expansión del Imperio asirio, afirmaron que el dios de los israelitas era el responsable de todos los episodios trascendentales de ese período; que no sólo gobernaba a los israelitas, sino también a los asirios, interpretación de los sucesos internacionales que por primera vez dio al dios de los israelitas el papel de una deidad universal.

No debe sorprendernos el hecho de que cuanto más próximos a nuestros tiempos sean los incidentes consignados en la Biblia, más fácil resulte determinar su validez histórica. Es difícil seguir con precisión las peregrinaciones de Abraham y su progenie —los fundadores patriarcales de la tradición israelita—, pero poca duda puede caber de que vivieron en Canaán. Es un poco más fácil corroborar la residencia de los israelitas en Egipto, gracias a los documentos de Egipto mismo y de los territorios vecinos. El asentamiento en Canaán después del Éxodo puede fijarse con bastante exactitud en los comienzos de la Edad de Hierro, hacia el año 1200 a. de J. Tal vez en el espacio de dos siglos después de esa época, la confederación de las tribus israelitas había producido una monarquía unida, cuya capital era Jerusalén. Sin embargo, esa estructura política central no habría de perdurar. Poco después se dividió en dos reinos: Israel en el norte y Judá en el sur, y Jerusalén siguió siendo su capital. En el primer cuarto del siglo VI a. de J., los dos reinos habían sucumbido ante los invasores extranjeros, poniendo fin al dominio israelita en Canaán después de unos 600 años.

Las ideas e instituciones que surgieron durante ese lapso han tenido una influencia profunda en el curso de la historia humana. La Biblia revela de qué manera se desarrollaron mediante varias etapas, el modo en que los israelitas dieron expresión a su concepción religiosa en el culto y el festejo, y cómo entendían sus orígenes como nación y el nacimiento de su modo religioso de vivir.

El pueblo en el que floreció este conjunto de ideas profundamente revolucionarias no era rico ni poderoso, ni tan siquiera según las normas de sus tiempos. Otros pueblos contemporáneos —especialmente los asirios y babilonios, que llevaron a los israelitas al exilio y pusieron fin a la primera etapa verdaderamente formativa de su historia— despiertan nuestro interés, sobre todo, por sus riquezas fabulosas y sus conocidas hazañas que construyeron un imperio. Mas las crónicas de los israelitas son fascinadoras porque, pese a la relativa humildad de su vida diaria, crearon las ideas que se convirtieron en el sueño del género humano de un mundo en paz y la esperanza de la redención eterna.

Baruch A. Levine
Profesor de Hebreo
Presidente del Departamento de
Lenguas y Literaturas del Próximo Oriente
Universidad de Nueva York

Capítulo Primero: El Pueblo que Forjó una Fe



En el año 597 a. de J., el jefe religioso que ha pasado a la tradición bíblica con el nombre de profeta Jeremías tenía todas las razones para ver con gran pesimismo el futuro de su pueblo. Jeremías, que predicaba desde una aldea montañosa en las afueras de Jerusalén, fue testigo de cómo miles de sus compatriotas, la flor y nata de la ciudad, se reunieron en Jerusalén para emprender la marcha al destierro, marcha terrible que los llevaría centenares de kilómetros por el desierto hasta Babilonia. Partieron en medio de los lamentos, el rebuzno de los asnos, el tintineo de las campanas de bronce, el rechinar de las ruedas de las carretas. Los babilonios estaban despedazando su reino, apoderándose de sus ciudades, arrancándolos de sus hogares, expulsándolos de su tierra. Jeremías no pudo ver este cataclismo sin una reacción tan vigorosa y trascendente que el mundo siente aún sus efectos.

Para todos los israelitas era artículo de fe que la tierra les pertenecía según los términos de un pacto sagrado que con el Todopoderoso celebraron sus antepasados. Pero, en opinión de Jeremías, lo que estaba en peligro no era sólo la tierra: temía que se destruyera la religión de su pueblo bajo las presiones del mundo politeísta al que se le obligaba a entrar. En Jerusalén no había más que un templo; en Babilón, capital de Babilonia, había muchos, y ello significaba el culto a una multitud de dioses, a cada uno de los cuales se le asignaba una función diferente en el complicado plan que sostenía al Universo y vigilaba la vida de los hombres.

Jeremías se quedó en Jerusalén, probablemente porque los conquistadores no consideraron que un predicador rústico fuera lo bastante peligroso para justificar su expulsión. Pero fue un error dejarlo en la ciudad, pues su influencia era profunda. Dice la tradición que cuando los israelitas condenados al destierro se disponían a partir, escribió una exhortación para que reflexionaran en el camino. Con palabras cuya elocuencia ha repercutido a través de los siglos, les recordaba los dogmas del monoteísmo, el culto a un solo dios. Su propósito era de salvar a los desterrados y su religión.

A primera vista, el mensaje de Jeremías no constituía más que una reconvención. Los acusaba de haber traicionado su fe: "Por los pecados que habéis cometido en la presencia de Dios", decía, "seréis llevados cautivos a Babilonia".

Pero oculta en las palabras del profeta había una nota de esperanza. Si se castigaba la maldad, lo contrario podía también ser cierto: un buen comportamiento debería recibir un premio. Este concepto, a su vez, indicaba que cada hombre desempeñaba un papel en la determinación de su destino. En efecto, Jeremías instaba a cada israelita a aceptar la responsabilidad moral de sus actos como requisito previo para arrostrar su desdicha.

La definición de la conducta recta nacía de un precepto clave, y Jeremías añadió palabras de consejo para los sombríos días que les esperaban: "Ahora bien, vosotros veréis en Babilonia dioses de oro, y de plata, y de piedra, y de madera, llevados en hombros, que causan un temor respetuoso a las gentes. Guardaos, pues, de imitar lo que hacen los extranjeros; cuando veáis, pues, detrás y delante de ellos la turba que los adora, decid allá en vuestro corazón: ¡Oh Señor! sólo a ti se debe adorar." Después de ocuparse con cierto detalle de las iniquidades de Babilonia, Jeremías concluía: "Porque así

Esta primitiva representación del Arca de la Alianza en una carreta con ruedas, es una sección de un friso que se halló en las ruinas en una sinagoga del siglo III cerca del mar de Galilea. El arca, que tradicionalmente guardaba las tablas inscritas con las leyes sagradas de los israelitas, debía ser transportable, pues el pueblo estaba siempre en marcha.

como no es buen guarda en el melonar un espantajo, así son sus dioses de madera, de plata y de oro." Y Jeremías proclamaba la existencia de un dios mucho más extenso y más eficaz que cualquier figura hecha por el hombre.

Lo más importante era la frase "decid allá en vuestro corazón". Su efecto fue el de sentar un precepto por el que aún se guía gran parte de la civilización. Significaba que—por desconcertantes que fuesen las aflicciones de la vida— había un vínculo personal entre el dios de los israelitas y quienes creían en él. Pasaba por encima de las galas de los templos, la intervención de los sacerdotes, la pompa de la procesión ritual, y proporcionaba una comunicación recíproca con una deidad cuya visión penetraba hasta los rincones más íntimos de la vida de cada uno de los creyentes.

Detrás de las palabras de Jeremías había una profunda revolución en el modo de pensar del hombre sobre sí mismo y su relación con el Universo. A este cambio radical daba cuerpo la creencia de que detrás de la creación del mundo hay un espíritu divino unificador único: todopoderoso, omnisciente, omnipresente, perfecto. Aunque el viaje que emprendieron los israelitas en los albores del siglo VI a. de J. fue, esencialmente, un episodio postrero de su vida política en el mundo antiguo, señaló también un nuevo comienzo: la fe que llevaron conellos a Babilonia habría de convertirse en el legado que dejarían a la cultura humana.

En los dos milenios y medio que han transcurrido desde el destierro en Babilonia, el monoteísmo ha dado la vuelta al mundo. Se ha convertido en un complejo cuerpo de creencias que virtualmente no se puede definir de manera exhaustiva. Se le ha engalanado, se le ha desnudado de todo adorno, se le ha vuelto a acicalar y se ha luchado por él *ad infinítum.* Muchos pueblos de muchos lugares han encontrado otras maneras de hacer frente a las incer-

Cronología de los Israelitas

c. 1900-1300 a. de J.
Posible duración de la edad de los patriarcas bíblicos.
c. 1300 a. de J.
Período de esclavitud en Egipto.
c. 1225 a. de J.
Éxodo de Egipto a través del desierto.
c. 1200 a. de J.
Las tribus se asientan en Canaán; empieza edad de los jueces.
c. 1190 a. de J.
Los filisteos invaden y ocupan la costa sur de Canaán.
c. 1050 a. de J.
Los filisteos capturan el Arca de la Alianza.
c. 1025 a. de J.
Saúl es ungido primer rey de los israelitas; recupera parte del territorio ocupado por los filisteos.
c. 1000 a. de J.
David es nombrado rey, expulsa a los filisteos, extiende el dominio israelita, establece la capital en Jerusalén y lleva a ella el Arca de la Alianza.
961 a. de J.
Salomón hereda el trono; empieza el período más próspero y poderoso de Israel.
922 a. de J.
Muere Salomón. La nación israelita se divide en el reino de Israel al norte, con primera capital en Siquem, y el reino de Judá al sur, cuyo centro es Jerusalén.
876 a. de J.
El rey Amri de Israel funda nueva capital en Samaria.
842 a. de J.
La reina Jezabel de Israel impone el culto de Baal y el pueblo se rebela. Debilitado por el desorden interno, Israel pierde territorio que cae en manos de los arameos.
c. 750 a. de J.
Los profetas Amós y Oseas censuran la explotación de los pobres por los ricos de Israel.
738 a. de J.
Asiria cobra cuantiosos tributos a Israel.
721 a. de J.
Los asirios conquistan Israel y deportan a muchos de sus habitantes. Judá se convierte en un estado vasallo de los asirios y se ve obligado a pagar tributo.
715 a. de J.
Ezequías sube al trono de Judá, purifica la religión de influencias asirias.
687 a. de J.
Los asirios ponen sitio a Jerusalén.
640-609 a. de J.
El rey Josías de Judá recupera algún territorio que había ocupado Asiria, cuyo poderío está declinando.
597 a. de J.
Los babilonios toman Jerusalén y deportan el rey Joaquín.
587 a. de J.
Los babilonios destruyen Jerusalén, con lo que provocan la ruina del reino de Judá.

tidumbres espirituales del hombre. Mas de las siete u ocho religiones importantes que hoy acepta el género humano, el monoteísmo forma la base de tres: el cristianismo, el islamismo y el judaísmo, descendiente directo de la religión de los israelitas.

Esta es la historia de la forma en que evolucionó este concepto: del pueblo que lo creó en los largos y tumultuosos años anteriores al exilio de Jerusalén; de la herencia, formada en muchos siglos, que la exhortación de Jeremías ayudó a conservar.

¿Quiénes eran, pues, los israelitas? ¿Cómo llegaron a creer lo que creían?

Eran un pueblo del Próximo Oriente que apareció en el escenario histórico durante el segundo milenio a. de J. Comenzando como un conjunto de familias nómadas, que se unieron luego en una confederación de tribus, se asentaron para labrar la tierra, construyeron ciudades y luego formaron un reino que fomentó los elementos de la civilización superior: comercio a grandes distancias, construcciones monumentales, escritura, compilación de leyes. En la época de Jeremías, la religión de los israelitas se había estado formando desde hacía 700 años, por lo menos, y tal vez desde hacía más de mil.

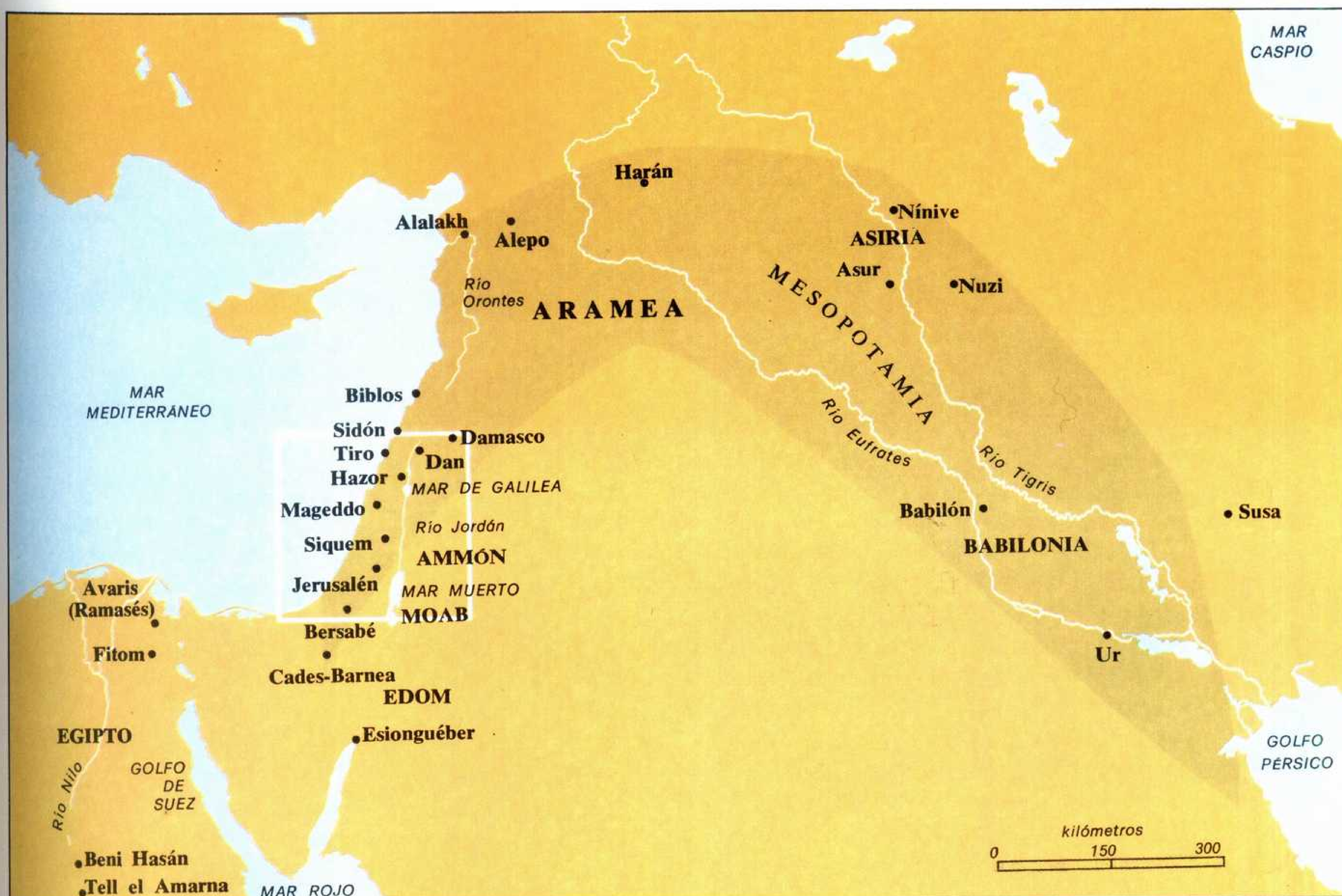
Para responder a la pregunta de cómo es que llegaron a pensar y creer lo que pensaban y creían, es necesario retroceder aún más, hasta los albores del segundo milenio a. de J. Las respuestas —muchas de ellas inciertas todavía y envueltas en el misterio— se deben a los esfuerzos de numerosos investigadores de diferentes campos: arqueólogos que han desenterrado artefactos de civilizaciones muy antiguas, sepultados bajo los montículos cubiertos de tierra del Próximo Oriente; historiadores que han analizado los antiguos documentos legales, literarios y comerciales de estas antiguas civilizaciones; y especialistas en el estudio de la Biblia, ese libro perdurable en el que los propios israelitas consignaron su historia, sus leyes y los artículos de su fe.

La Biblia ha sobrevivido desde la antigüedad como tradición viva. Generación tras generación, desde que fue recopilada en hebreo, los fieles de las tres religiones monoteístas —y también quienes dudan de ellas y las impugnan— se han servido de la Biblia, han citado sus preceptos, la han traducido y basado en ella muchos volúmenes de su prosa, de su poesía y de sus leyes civiles y religiosas. Y al hacerlo, han agregado nuevas interpretaciones y hecho oscuras otras anteriores, complicando inmensamente la tarea de separar la verdad de la leyenda. Por otra parte, los hallazgos arqueológicos e históricos, hechos accidentalmente o realizados con gran diligencia, han dado numerosos indicios, a menudo de creencias y prácticas que se habían olvidado desde hacía mucho tiempo. Así, la arqueología, eliminando el velo de ideas más recientes, ha permitido que los investigadores superpongan las evaluaciones históricas sobre tradiciones bíblicas que desde hacía mucho se daban por sentadas.

Durante siglos, la tradición sostuvo, entre otras cosas, que la Biblia narraba una historia cronológica exacta, que relataba la historia de los israelitas desde la creación del mundo. De los 39 libros que forman el Antiguo Testamento (la parte de la Biblia que precede a la Era Cristiana, con la que comienza el Nuevo Testamento), por mucho tiempo se pensó que los primeros cinco habían sido escritos por Moisés, quien libró a los israelitas de la esclavitud en Egipto, les dio los Diez Mandamientos y los llevó hasta el umbral de la tierra que había sido prometida a los patriarcas de su familia tribal —Abraham, Isaac y Jacob— por su dios, Yavé (el nombre se escribía YHWH, que en la Edad Media se tradujo del hebreo, erróneamente, como Jehová). Se pensaba que los otros 34 libros habían sido escritos en un período de varios siglos en Canaán, después de que los israelitas se asentaron allí.



Damasco
MTE. HERMÓN
ARAMEA
FENICIA
Tiro
Río Litani
Dan (Lais)
Hazor
MAR
MEDITERRANEO
MAR DE
GALILEA
Astarot
MTE. TABOR
MTE. CARMELO
Endor
Mageddo
Ramot de Galaad
Tanac
Betsán
Dothan
Jabes de Galaad
Samaria
MTE. EBAL
Siquem
MTE. GARIZIM
Río Jordán
Río Jaboc
AMMÓN
Rabbat de Amón
Betel
Gazer
Gabaón
Jericó
Masfat
Gálgala
Azoto
Jerusalén
Qumran
Betsamés
Ascalón
Belén
FILISTEA
Get
MOAB
Laquís
Gaza
Hebrón
MAR
MUERTO
Dabir
Río Arnón
Bersabé
EDOM
0
15
km.
30
45



El Creciente Fértil (verde) —ancha zona donde abunda el agua, que se extiende del Mediterráneo al golfo Pérsico— fue el escenario de los primeros siglos de la historia israelita. En esta tierra productiva había numerosas ciudades (negritas) y reinos (versales). El dominio de la pequeña región en que se hallaba Canaán (porción recuadrada que corresponde al mapa de la izquierda) era la codiciada meta de muchos pueblos.

Canaán, la estrecha faja costera que se extendía desde el río Jordán hasta la costa del mar Mediterráneo, no tenía más de 115 kilómetros en su parte más ancha. En el siglo X a. de J., los israelitas establecieron allí su monarquía, e impusieron su dominio sobre muchas de las ciudades de la región y algunos de los reinos que había en su derredor.

La Cuna del Monoteísmo

La vida errante que llevaron los israelitas durante un lapso de más de 1000 años los llevó por la mayor parte del antiguo Próximo Oriente. Según cuenta su historia la Biblia, la familia de Abraham, patriarca de los israelitas, abandonó su hogar en la ciudad de Ur durante el segundo milenio anterior a la era vulgar; como nómadas, emigraron hacia el oeste, al Creciente Fértil, para establecerse en Canaán. Pero los descendientes de Abraham emprendieron la marcha al sur, a Egipto, donde vivieron sometidos a la esclavitud hasta que huyeron, hacia el año 1225 a. de J., bajo la dirección de Moisés. Cuando regresaban a Canaán, los israelitas recibieron las leyes que fueron la base de su fe monoteísta. Una vez que volvieron a asentarse en Canaán, establecieron una monarquía que habría de durar hasta entrado el siglo VI antes de la Era Cristiana.

En nuestros días, la mayor parte de los investigadores, entre ellos los más religiosos, ya no consideran que la Biblia sea una historia narrada cronológicamente, sino, más bien, ven en ella una acumulación de testimonios, algunos de ellos redundantes, formada en el curso de muchos siglos —a partir de tradiciones orales y escritas— por numerosas generaciones de narradores que corregían interminablemente los relatos al referirlos, y por los jefes religiosos que periódicamente ponían las narraciones al día de acuerdo con las predilecciones de su época. Algunos de los relatos de la Biblia, que representan una larga historia de repeticiones en las plazas de las aldeas y en torno a las fogatas en la soledad del campo, han de haber sido puestos por escrito a fines del segundo milenio a. de J. Pero las versiones escritas de los relatos tradicionales no estuvieron más a salvo del prurito de hacer enmiendas que lo habían estado las versiones orales. Los israelitas estaban buscando siempre una mejor manera de narrar relatos que ya conocían muy bien.

No obstante, a los pueblos antiguos les disgustaba menos la repetición de temas y tramas fundamentales que a los lectores u oyentes modernos; más aún, el hecho mismo de la repetición tenía su propio poder de encantamiento. Consideremos los cinco libros que en un tiempo se pensó que habían sido escritos por Moisés. El primero, el Génesis, cuenta la historia de la creación y pone el comienzo del árbol genealógico de los israelitas en Abraham, Isaac y Jacob. Los cuatro libros siguientes —Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio— relatan la historia de Moisés y los Mandamientos, pero cada uno de ellos lo hace de modo diferente y con detalles crecientemente complicados, lo cual da a los investigadores indicios reveladores de que hubo una serie de varios colaboradores diferentes.

El razonamiento que lleva a estas conclusiones se basa en los adelantos arqueológicos de los últimos cien años. Las excavaciones han descubierto crónicas, cartas, leyes, himnos y plegarias de otros pueblos del Próximo Oriente cuyos caminos cruzaron los israelitas. Los nuevos hallazgos ponen de claro relieve las suposiciones tradicionales, modificando algunas, esclareciendo otras y sacando a la luz las circunstancias en que se establecieron sólidamente estas tradiciones. Tomados en conjunto, y vistos a la luz de la Biblia como historia, los descubrimientos dan una imagen sorprendente de un desarrollo religioso, social, político, moral e intelectual que se inició hace unos 4.000 años.

Un ejemplo de este proceso interpretativo es el que nos da el Libro de las Crónicas. En el año dieciocho del reinado del rey Josías, según las Crónicas, cuando se estaba restaurando el Templo de Jerusalén, los sacerdotes encontraron unos rollos de pergamino que contenían la ley de Moisés. Los sacerdotes conocían muchas de esas leyes, pero no el libro mismo. El sumo sacerdote anunció el descubrimiento de algo tan antiguo como el propio Moisés y prontamente envió un escriba a contárselo al rey. En la conmoción resultante, Josías convocó a los habitantes de Jerusalén, a "todo el pueblo, grandes y pequeños. Y leyó a oídos de ellos todas las palabras del libro del pacto que había sido hallado en la casa del Señor".

Comparando los documentos coincidentes de los pueblos vecinos, los investigadores modernos saben que el año dieciocho del reinado de Josías fue el 622 a. de J. Y creen que los rollos que suscitaron toda esta conmoción formaban el núcleo del libro al que hoy se da el nombre de Deuteronomio. También llegan a la conclusión de que el Deuteronomio no pudo haber sido compuesto contemporáneamente con la historia que relata. Llegan a esta conclusión por un método indirecto de razonamiento, basado en el hecho de que las palabras escritas conservan, para el espíritu entendido, ciertas indicaciones de la



Hacia el año 1500 a. de J., cuando se hizo este retrato de piedra de un reyezuelo sirio, los antepasados de los israelitas —que no tenían tierras ni rey— vagaban entre los pequeños reinos del Próximo Oriente, cambiando queso y lana por harina y metales. La túnica de esta estatua de un metro de altura está apretadamente inscrita con la biografía del monarca, que se llamaba Idrimi.

época en que se escribieron. Se cree que los acontecimientos en que intervino Moisés ocurrieron en el siglo XIII a. de J. Pero el vocabulario y el punto de vista del Deuteronomio son en gran parte los de fines del siglo VII a. de J., menos de cien años antes del tiempo en que los sacerdotes de Josías lo descubrieron y lo dieron a conocer.

Parece evidente que los sacerdotes quedaron encantados con lo que habían encontrado, pues les pareció escritura divina, tan antigua como los comienzos de sus creencias. No los inquietó el hecho de que ya conocieran gran parte de su contenido. A pesar del carácter sagrado que atribuían al manuscrito, no tuvieron escrúpulos para agregar con los años nuevo material al libro ni para corregir algunas de sus partes a su antojo; el Deuteronomio que ha llegado a nosotros lleva también su sello inconfundible, como lleva el del autor original.

Los arqueólogos que quieren reconstruir la historia de los israelitas vuelven la mirada principalmente a la región ocupada hoy por Siria, el Líbano, Jordania e Israel. Gran parte de esta región se llamaba Tierra de Canaán en tiempos bíblicos; era una larga faja de territorio que llegaba, en varios puntos, de 50 a 115 kilómetros tierra adentro desde la costa del mar Mediterráneo. De sur a norte se extendía aproximadamente 400 kilómetros: del desierto de Sinaí a las inmediaciones de Damasco. Los desiertos de Arabia y de Siria bordeaban su lado oriental y la separaban de Mesopotamia, donde, entre los años 2000 y 500 a. de J., surgieron y desaparecieron las civilizaciones acadia, babilonia, asiria y neobabilonia. Al norte se hallaban los hititas, los hurrianos y otros pueblos cuyas culturas habían florecido y decaído con diversos efectos en los israelitas. En el centro de tantos pueblos e imperios, Canaán los afectaba a todos ellos; era una ruta comercial, una zona amortiguadora de choques, un





Hechas en el siglo VIII a. de J. y encontradas en la zona costera en que vivían los filisteos, estas estatuillas de arcilla de la diosa de la fecundidad Astarté —la mayor, de 15 cm. de altura— tienen puestas las manos, simbólicamente, bajo los vivificantes pechos. La doctrina israelita prohibía la posesión de estos ídolos, pero, influida por los antiguos cultos, la gente sencilla los conservaba.

campo de batalla, un lugar de campamento, un mercado, una ventaja política. Era también un semillero de ideas, estimulado por la mezcla de los pueblos indígenas con los que pasaban por el país.

Tierra adentro, Canaán era un mosaico de montes rocosos, laderas cubiertas de hierba, llanuras fértiles y estepas áridas. El río Jordán lo atravesaba longitudinalmente, y de las laderas de los cerros bajaban centenares de ríos menores, aunque algunos se secaban por completo en el verano. El país tenía un clima mudable que oscilaba desde el calor extremo en el verano hasta el frío húmedo en el invierno, y padecía inesperadas calamidades de sequías, langostas y temblores de tierra.

A pesar de todo, los pastos cananeos eran apropiados para apacentar ovejas que proporcionaban lana, cabras que daban leche y queso, y asnos que llevaban la lana y otras mercancías de ciudad en ciudad. Y el suelo daba trigo, uvas, aceitunas e higos, que proporcionaban pan, vino, aceite y frutas. Si bien la Tierra de Canaán era, principalmente, un corredor para que los mercaderes fueran y vinieran de los ricos imperios que se extendían más allá de sus fronteras, y un gran oasis para los nómadas del desierto que desde tiempo inmemorial habían considerado el lugar como una tierra de leche y miel, la región atraía una lenta pero cada día mayor afluencia de pobladores permanentes.

Eran tan variados como el clima y el terreno, en parte porque llegaron en diferentes épocas, en el curso de largos períodos, y en parte porque la configuración topográfica de las montañas, desiertos y ríos los encerraba en pequeñas áreas aisladas que se oponían a la homogeneidad política o social. Sin embargo, pese a sus abigarradas distinciones, los pobladores eran, en su mayoría, pueblos semíticos, ramas diferentes de un tronco étnico común que hablaban dialectos afines y compartían un pasado primitivo común, el de haber sido nómadas.

Como habitantes del desierto, los nómadas vivían en oasis diseminados, e iban de uno a otro. Pero a medida que crecían las familias y las tribus, se hicieron tan numerosos que los oasis no podían dar sustento a ellos y sus rebaños. Periódicamente, algunos grupos se aventuraban alejándose de la miserable vida del desierto. Iban en todas direcciones. En el año 2600 a. de J., un rey egipcio hablaba de "aniquilar a los nómadas de Asia", queriendo decir con ello que los lindes de su imperio se encontraban plagados de tribus incursoras. Hacia el año 2400 a. de J., sus parientes, muy al este, estaban poblando el norte de Mesopotamia, donde poco después fundarían la dinastía acadia, se mezclarían con los sumerios, pueblo no semítico que ya se había asentado allí, y se extenderían al sur para formar el Imperio babilónico. Este proceso de dispersión, asimilación y nueva dispersión continuó durante el siguiente milenio, acompañado a veces de guerras, pero, por lo general, en paz.

A medida que elegían lugares para asentarse y luego se quedaban en ellos, las diferentes ramas de la misma familia semítica adquirieron diferentes idiosincrasias y nuevos nombres. Los israelitas, amorreos, arameos, moabitas, ammonitas, edomitas y otros varios cuyos nombres aparecen en la Biblia son del mismo tronco, aunque los hititas, que también figuran en la Biblia, no tenían parentesco alguno, pues eran de la familia indoeuropea. Los semitas se establecieron en varios lugares: algunos fundaron ciudades, otros establecieron pequeños reinos en Canaán y las regiones contiguas.

Llegados a Canaán en olas separadas en el curso de más de mil años, los semitas salieron de la vida nómada para pasar a la agrícola y, por último, a la urbana. Como nómadas, habían recorrido un circuito más o menos fijo en rotación estacional, cual aves migratorias, yendo a donde los pastos eran verdes, el clima tolerable y el alimento de fácil obtención.

Plantas de Raíces Bíblicas

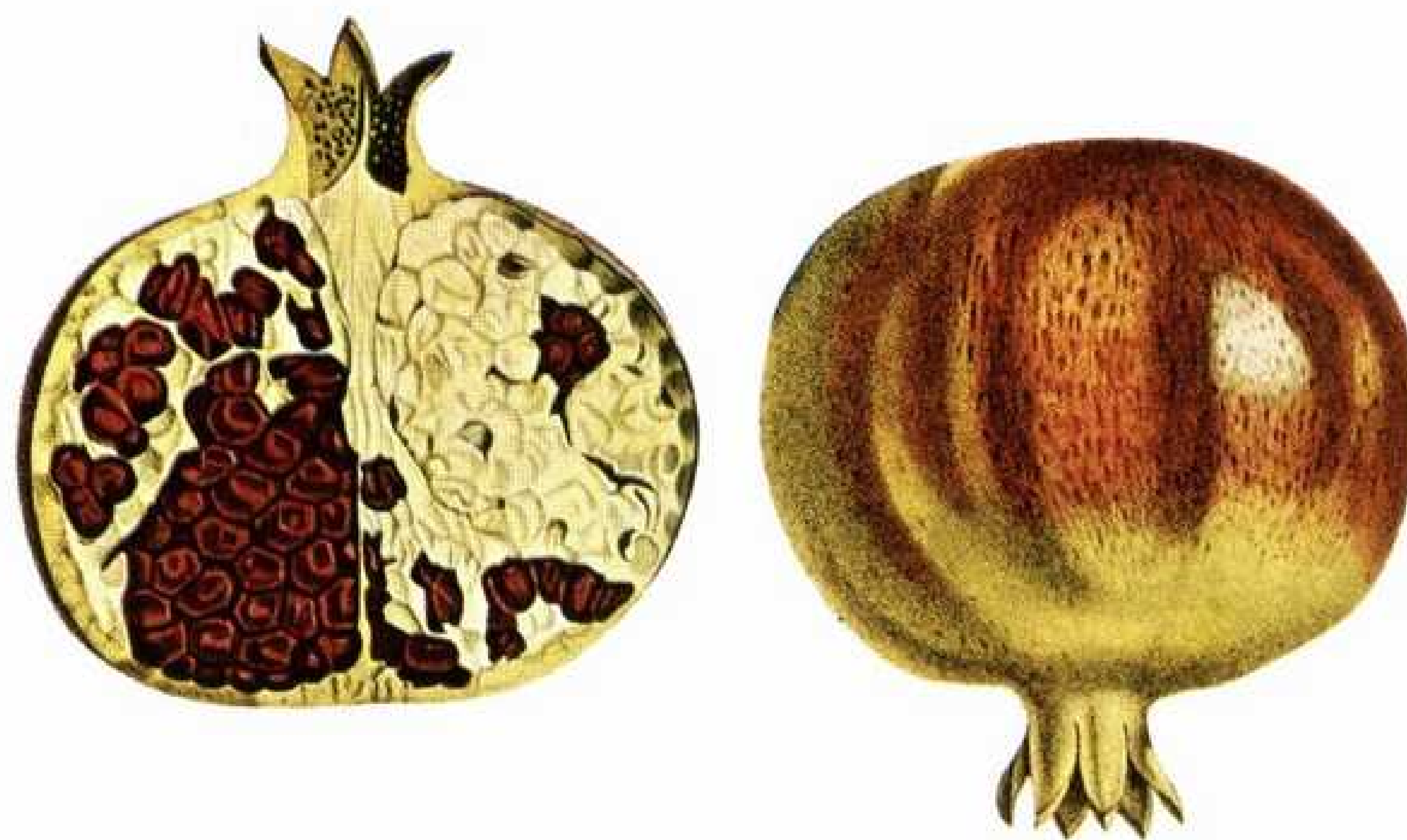
En los días de los israelitas, en el Próximo Oriente florecía u vida vegetal cuyas descripciones enriquecieron el texto de la blia. En conjunto, el Antiguo Testamento menciona unas c flores, árboles y hortalizas diferentes, y si bien algunas son ra hoy en la región, los botánicos pueden confirmar que hace mi de años existió allí la flora citada en las escrituras. Los fi grabados reproducidos aquí, tomados de algunos textos de bo nica publicados a principios del siglo XIX, ilustran cuatro plan que medraron en los tiempos bíblicos.



EXODO 2: 2 Y 3

Viéndole muy lindo, le tuvo escondido por espaci de tres meses. Mas no pudiendo ya encubrirle, to una cestilla de juncos, la calafateó con betún y pez, y colocó dentro al pequeño niño, y expúsole en un carrizal que crecía a la orilla del Nilo.

El papiro o junco crecía en abundancia en las orillas del Nilo inferior. Sus tallos se usaban para hacer cestillas, como la que empleó la madre de Moisés para ocultarlo.



DEUTERONOMIO 8: 7 Y 8

Porque el Señor tu Dios te lleva a una tierra buena, llena de arroyos, de estanques y fuentes; en cuyos campos y montes brotan manantiales perennes; tierra de trigo y cebada, y de viñas; de higueras, granados y olivos, de aceite y de miel.

Una de las bendiciones prometidas de la Tierra Santa, la granada —fruta de gruesa cáscara, cuyo nombre quiere decir "manzana con semillas"— se cultivaba mucho en la antigüedad. La pulpa tiene compartimientos de semillas rojas que refrescaban a quienes andaban por el desierto.



EXODO 25: 10 Y 11

Formad un arca de madera de acacia, de dos codos y medio de longitud, codo y medio de anchura, y codo y medio de alto. La cubrirás por dentro y por fuera con oro puro, y pon una cornisa de oro al rededor.

Incluso en los lugares muy secos, como el desierto de Sinaí y las tierras que rodean al mar Muerto, las acacias medran todavía y dan delicadas flores amarillas. Como su madera es dura y de grano apretado, siempre la han apreciado los ebanistas, y por eso se usó para hacer el Arca de la Alianza.



OSEAS 14: 4 Y 5

Los amaré por pura gracia; por cuanto se ha aplacado mi indignación contra ellos. Seré como el rocío para Israel, el cual brotará como el lirio.

En la región que fue Canaán, los científicos buscaron en vano vestigios de los lirios, hasta 1925, cuando, en el Líbano, hallaron en una grieta una flor. En la antigüedad, el terreno —menos árido que hoy— daba una gran profusión de lirios.

Pero, con el tiempo, tendieron a dedicar parte de su tiempo a la agricultura durante una estación; en un año pródigo, algunos se quedaban en el lugar en vez de emprender de nuevo la marcha, y luego se dedicaban permanentemente a la agricultura. Otros, que cambiaban vellón y queso por utensilios y adornos, abrazaron el comercio y se fueron a vivir a las ciudades o formaron ciudades propias.

Ya en el año 3000 a. de J., comenzaron a surgir poblados en Canaán. Después del año 2000 a. de J., dos series de ciudades cruzaban el país, una en la costa, la otra en el interior, formando un vínculo entre Egipto, Anatolia y Mesopotamia. Además de ofrecer un hogar a los antiguos vagabundos, las ciudades cananeas eran guarniciones en los caminos que corrían entre los grandes imperios. Servían de centros comerciales, depósitos de almacenamiento, fortificaciones, escalas para las caravanas y abrevaderos. Entre las ciudades interiores figuraban Hebrón, Jerusalén, Jericó, Siquem, Mageddo y Hazor, que conducían al norte, a Damasco y Alepo, donde el camino se bifurcaba para ir al sur hacia Mesopotamia y al norte hacia Anatolia. En la costa, la segunda serie de ciudades —Ugarit, Biblos, Sidón y Tiro —se enlazaba con el mismo camino. En el curso del segundo milenio a. de J., estas ciudades costeras, además de participar en el comercio de las caravanas, desarrollarían un rico comercio marítimo con Egipto y con Chipre, Creta y Micenas.

Con tantos pueblos que cruzaban los mismos caminos, y tanta riqueza en circulación gracias al comercio, era inevitable que chocaran los diferentes intereses; las ciudades cananeas tenían que sufrir las depredaciones de la guerra aun cuando gozaran de las bendiciones del comercio. Periódicamente quedaban sometidas a uno u otro de los imperios circundantes, que exigían tributos e instalaban gobernadores provinciales en largas extensiones del territorio; a veces eran los hijos menores de las dinastías gobernantes extranjeras. Los conquistadores enviaban ejércitos permanentes o alquilaban mercenarios del lugar para mantener sometidos a los conquistados y a raya a los adversarios. Pero, a pesar de estas agresiones, las ciudades cananeas eran demasiado levantiscas para permanecer permanentemente bajo el yugo de un poder extranjero.

Por lo que toca a las relaciones entre unas y otras, las ciudades vivían en una coexistencia a veces cordial, a veces pendenciera. Generalmente las ciudades estaban gobernadas por un rey hereditario cuyo dominio no se extendía más de 30 kilómetros en cualquier dirección más allá de los límites de la ciudad: un día de viaje en caravana. Por lo común, el rey compartía su autoridad con un consejo formado por los ancianos de la ciudad: miembros varones de familias antiguas y ricas, que ayudaban al rey a tomar decisiones en los problemas militares, legales y de otra índole.

Casi sin excepción, las ciudades se hallaban en la cima de un cerro regado por un manantial. Incluso antes de que se inventara el carro de guerra —instrumento de sorpresa, con su capacidad militar para la rapidez y el ataque súbito—, los pueblos sedentarios necesitaban las alturas como posiciones ventajosas. Desde las montañas podían escudriñar las llanuras y descubrir, con tiempo de sobra, cualquier peligro que se aproximara. Los lugares elevados eran también plataformas desde las que podían arrojar armas a los intrusos. En tiempos de sequía y malas cosechas, los merodeadores solían acudir a tomar el agua de los manantiales y el alimento que, según se sabía, tenían almacenadas las ciudades.

Andando el tiempo, los residentes permanentes perfeccionaron sus defensas y construyeron murallas alrededor de la mayoría de las ciudades. Dentro de las murallas se congregaban artesanos, mercaderes y escribas en barrios especiales, a lo largo de calles

El texto continúa en la página 24

Los Nómadas del Desierto: Durante Siglos, un Duro Estilo de Vida



En la costa nordoriental de la península de Sinaí, una tribu beduina seminómada establece su campamento del verano cerca de un oasis.

Estos beduinos, que habitan en los bordes del desierto de Sinaí, siguen un modo de vida que, en muchos aspectos, refleja las descripciones que hace el Libro del Génesis sobre el estilo de vida de los israelitas en Canaán después del año 2000 a. de J.

La sociedad es patriarcal; las mujeres hacen todos los quehaceres domésticos y atienden los rebaños. Como ha ocurrido desde hace 4.000 años, las estaciones determinan los movimientos de los grupos: durante la época lluviosa del año acampan, con sus rebaños de ovejas y cabras, en las montañas cercanas, cuyos manantiales hacen crecer los pastos; de allí, las tribus bajan a los escasos pastos que rodean a los esparcidos oasis.

Al igual que otros nómadas, estos beduinos construyen moradas que no son permanentes. Las viviendas de los antiguos israelitas eran transportables: pequeñas tiendas de cuero o de pelo tejido de cabra que llevaban de una tierra de pastoreo a otra. Estos beduinos seminómadas cambian de lugar de residencia dos veces al año, como hacían los antiguos israelitas; pero sus moradas son improvisaciones hechas con materiales que obtienen en el oasis: hojas secas de palmera entretejidas en una armazón de palos.



Dos miembros de la comunidad de los beduinos cuidan sus hatos de ovejas y cabras, cuyo bienestar es el centro de la vida diaria de la tribu. Como en los tiempos patriarcales, sólo en ocasiones especiales se sacrifican los animales para comer su carne; dan leche, y lana y pelo para tejer telas. Los excedentes se venden o cambian a los labradores por granos y artículos manufacturados.

Una beduina saca agua de un pozo que alimentan las corrientes subterráneas del oasis. Los dátiles de las palmeras son parte importante de la alimentación de la tribu. La vasija de metal y el vestido que la protege del sol se parecen a los que usaban los israelitas en la era de los patriarcas, aunque sus vasijas eran de cerámica.



angostas y serpenteantes. Las casas se construían una junta a la otra dentro de las murallas, pero al crecer la población de una ciudad, los que llegaban después tenían a veces que fijar su residencia inmediatamente afuera de la muralla.

El manantial era importantísimo para la vida de la ciudad. Acudían a él hombres, mujeres, niños y animales a apagar la sed, y para las necesidades caseras, las mujeres traían cántaros que llevaban de nuevo a sus casas sobre la cabeza o los hombros. Lo mismo acontecía en gran medida en las ciudades que rodeaban al mar Mediterráneo oriental.

En el Libro del Génesis, cuando Jacob, uno de los patriarcas israelitas, va a la ciudad de Harán a buscar esposa, ve por primera vez a Raquel, y se enamora de ella, en un manantial, al que había llevado a beber las ovejas de su padre. Los arqueólogos han hallado muchos de esos manantiales en Canaán, y varios de ellos precisaron de una ingeniería complicada. Uno en Jerusalén y otro en Mageddo estaban afuera de las murallas en vez de adentro, probablemente porque el poblado se había desplazado con el transcurso del tiempo. Pero en cada caso era posible llegar al manantial por un túnel subterráneo y estaba oculto de la vista, al parecer para evitar que los incursores se apoderaran de la reserva de agua de la ciudad.

A fines del segundo milenio a. de J., los habitantes de Canaán ya no tenían que depender de un manantial superficial cuando poblaban una ciudad; con utensilios mejorados para perforar, podían abrir la caliza hasta el nivel freático. Otro descubrimiento —que el enlucido de cal es impermeable— trajo la invención de cisternas recubiertas de enlucido de cal para recoger en ellas el agua de la lluvia. En casi todas las ciudades, las cisternas, al igual que los manantiales, eran propiedad de la comunidad, aunque en la rica ciudad de Ugarit los reyes y los ancianos las tenían en los patios de sus casas y no necesitaban ir a la fuente comunal para conseguir agua.

La ciudad de Ugarit es una de las sorpresas de la arqueología moderna. A diferencia de Jerusalén, Damasco y otras que han estado ocupadas ininterrumpidamente desde tiempos antiguos hasta la actualidad, Ugarit fue abandonada hacia el año 1200 a de J., después de que la saquearon e incendiaron unos invasores que la Historia sólo conoce con el nombre de Pueblos del Mar, horda que llegó por mar del oeste. Otras ciudades sobrevivirían a los Pueblos del Mar, pero Ugarit, oculta 3.000 años bajo una acumulación de tierra, quedó olvidada hasta que la descubrió accidentalmente un muchacho campesino en 1928. Las excavaciones sacaron a la luz una biblioteca, gran parte de la cual se refiere indirectamente a los israelitas. También pusieron al descubierto un palacio con cinco patios, 11 escaleras y 67 cuartos —varios de los cuales tenían paredes adornadas con marfil—, y entre ellos, por lo menos un cuarto interior de baño.

Fuera del palacio de Ugarit, el pueblo vivía modestamente. Sólo los ricos tenían patios. La mayoría de las casas eran de un piso, hecho de ladrillo y arcilla, sostenido a veces por troncos de árbol. Pero el tamaño de un cuarto solía limitarse a la longitud de los troncos que sostenían el techo, y la lluvia, que se recibía con satisfacción en las cisternas, constituía un problema periódico en los techos: un texto ugarítico del siglo XIV a. de J. dice que un buen hijo es aquel que enluce el techo de la familia para los días lluviosos.

Para las ciudades cananeas, los templos, que se consideraban casas de los dioses, eran tan esenciales como las casas de sus habitantes. Generalmente se levantaban en lugares donde los nómadas habían rendido culto al aire libre mil años antes, y en efecto, siguió habiendo culto cananeo al aire libre incluso después de que se construyeron templos. Éstos variaban de una ciudad a otra, pero, al igual

que la mayoría de los de otras partes del Próximo Oriente, por lo común consistían en tres habitaciones, de las que la cámara interior era un sanctasanctórum donde se conservaba la estatua de un dios.

Al igual que sus vecinos egipcios, hititas y babilonios, los cananeos del segundo milenio a. de J. adoraban centenares de dioses. Estas deidades representaban un complejo acervo de ideas que habían estado evolucionando desde que apareció el hombre. Evolución, claro está, significa cambio. En el curso de esta evolución, a menudo se asentaban nuevos dioses junto a los antiguos; pero eso no quiere decir que los dioses antiguos fueran desplazados.

El politeísmo del segundo milenino a. de J. era ya una acreción tan antigua y rica que es una tarea difícil separar sus componentes, y depende de cierta cantidad de conjeturas. Pero todavía pueden discernirse algunas de las fases por las que pasó, y tienen cierta relación con la historia de los israelitas, pues fue mientras iban y venían en un mundo politeísta cuando produjeron la revolución monoteísta que legaron al hombre moderno.

En las primeras etapas del hombre, cuando vivía de acuerdo con la Naturaleza, veía deidades en los elementos de los que dependía su vida, muy principalmente la tierra y el agua. Ese hombre antiguo también veía dioses en los seres salvajes con los que compartía el planeta: el ciervo, el halcón, el pez, el león, el toro; eran tan misteriosos como el fuego, y estaban, como él, relacionados íntimamente con su vida diaria. En cuanto el hombre pudo pintar, adornó altares y tumbas con esos animales.

A medida que se diversificaban y especializaban las ocupaciones del hombre, sucedía lo mismo con los espíritus que adoraba. Los pastores de ganado veneraban al carnero, la cabra y la vaca. Los labradores deificaron al vivificante trigo y la embriagante uva. Pero cazadores, pastores de ganado y labradores no vivían en el aislamiento; sus caminos se cruzaban, se asentaban juntos en las aldeas, y sus respectivos dioses acabaron coexistiendo, del mismo modo que coexistían los seres humanos.

Mientras tanto, había llegado el momento en que el hombre ya no se dedicaba únicamente al pastoreo del ganado y la agricultura; estaba adquiriendo las aptitudes de la cerámica, el trabajo de los metales, la construcción con madera, piedra y ladrillo, la carpintería, el tejido, la escritura. Como es natural, los dioses, que ya velaban por ocupaciones tales como el pastoreo de ganado y la labranza, pasaron a velar también por las artes y los oficios.

En el cuarto milenio a. de J., si no antes, los dioses habían sufrido una explosión demográfica comparable a la de los seres humanos que los adoraban. También habían creado una jerarquía social para igualar la de sus devotos. Así como un rey gobernaba a súbditos humanos, un dios gobernaba a otros dioses. Los reyes adquirían y perdían poder e importancia; lo mismo pasaba con los dioses. Se creía que un pueblo que prosperaba tenía un dios eficiente y poderoso que velaba por él, del mismo modo que una nación necesitaba un rey eficiente y poderoso. Cuando un rey se apoderaba de un país, su dios solía acompañarlo y ocupar un lugar en el panteón local. Un dios no era más fuerte que el rey que lo representaba en la Tierra; con el tiempo, podía venir un nuevo dios para prevalecer sobre los dioses antiguos como jefe del panteón.

Es éste un resumen necesariamente breve de un proceso que ocurrió en el curso de varios milenios, durante los cuales se produjeron algunos cambios sutiles en los conceptos. Aunque más de un dios siguió residiendo en el agua, en el toro, en el trigo y en muchos otros objetos esenciales para la subsistencia del hombre, otros dioses acabaron teniendo funciones especiales; hacían que cayera la lluvia y se hincharan los ríos, que el trigo creciera en

abundancia —o que se mantuviera inactivo en la tierra yerma—, que aumentaran los rebaños y se multiplicaran, o que quedaran estériles.

Pero el hombre mismo contribuía a que creciera el trigo y aumentaran los rebaños. Y con el creciente dominio del ser humano sobre el mundo en que vivía, se produjo otro cambio en la concepción de la divinidad: un número cada vez mayor de dioses adquirieron atributos humanos, entre ellos las emociones del amor y el odio, los celos y la generosidad, la cólera y el placer, la pesadumbre y la alegría, la gratitud y la venganza, e incluso sentimientos tan de menor importancia, pero potencialmente peligrosos, como la irritación.

La irritación divina proporciona gran parte del ímpetu dramático de la Epopeya de Gilgamés, una de las narraciones escritas más antiguas del mundo. Basada en la vida de un héroe llamado Gilgamés, la epopeya está entretejida con ideas cambiantes sobre el papel de los seres humanos y de los dioses según se concebía en el tercer milenio a. de J., cuando se puso por escrito en Mesopotamia. Diversas variaciones compuestas en el curso de centenares de años por todo el Próximo Oriente narran la historia de una inundación catastrófica; es muy parecida a la que se describe en el Libro del Génesis, donde el héroe se llama Noé, hombre de mérito que se salva del desastre enviado a sus pecadores hermanos porque su dios lo elige para construir un arca en la que él y su familia puedan sortear la tormenta.

Las versiones babilónicas de este relato tienen muchos dioses en vez de uno solo, y en su conjunto las deidades experimentan virtualmente todos los sentimientos que conoce el hombre. Según una antigua variación, la causa del diluvio fue la población humana, que se hizo tan numerosa, tan rica y alborotadora, que Enlil, el dios del cielo, no podía dormir. Envió al pueblo plaga tras plaga, esperando tener un poco de paz y quietud. Pero, incorregiblemente, la gente siguió alborotando. Cuando todo lo demás no sirvió de nada, Enlil envió el desastroso diluvio con la intención de acabar de una vez con aquella impertinencia. Casi lo consiguió, pero Ishtar, diosa del alumbramiento, dejó escapar un gemido de desesperación y Ea, el dios de la sabiduría, llevó aparte a su ser humano favorito, Atrahasis, el cual, como Noé, era un hombre de mérito. Ea indicó a Atrahasis cómo debía construir una embarcación, le dio algunos animales y los envió a todos a ponerse a salvo. Así, según la epopeya, de no haber sido por una combinación de prudente sentido práctico y la inextinguible fuerza del renacer, quizá la especie humana habría sido aniquilada por un dios irritable que se estaba cayendo de sueño.

En todo el Próximo Oriente se produjo la humanización de los dioses, que adquirieron diferentes formas. Llegó a una conclusión lógica en Egipto, donde al propio faraón se le consideraba un dios viviente. Llegó a otra en Mesopotamia, donde se pensaba que el rey era un intermediario sagrado, designado por los dioses para mantener el orden en la Tierra.

El siguiente paso lo dieron los israelitas, introduciendo en las esferas humana y divina los conceptos de la moral y la ética, vinculando firmemente la ley con el núcleo de la creencia religiosa. En el concepto israelita de la relación entre la deidad reguladora y los hombres mortales, la obligación de cumplir con la ley habría de gravitar sobre la conciencia humana. En el curso de los dos milenios anteriores a nuestra era, algunos pequeños grupos de israelitas —confederación poco cohesiva de tribus unidas por el hecho de que reconocían un antepasado común y un dios común— anduvieron errantes entre otros pueblos del Próximo Oriente. Asimilando aquí, modificando allá, se sirvieron de la riqueza cultural que hallaron en su derredor y forjaron su pronio y singular instrumento religioso.

Frágiles Tesoros de las Cuevas del Mar Muerto



En las cuevas de estos riscos del uadi de Qumran, lecho seco de un arroyo (izquierda), se descubrieron muchos Rollos del Mar Muerto.

A principios de 1947, un joven beduino, que seguía a una cabra extraviada en el desolado Qumran, cerca del mar Muerto, tropezó con un hallazgo que hizo retroceder 1.000 años las fronteras de la historia israelita.

En una de las muchas cuevas que abren sus bocas en este paisaje casi lunar, el beduino halló un tesoro de viejas jarras, una de las cuales contenía rollos de cuero cubiertos de escritura. En el otoño, los primeros rollos habían llegado ya a manos de los investigadores de Jerusalén, quienes determinaron que en ellos figuraban las copias más antiguas conocidas de textos del Antiguo Testamento. Habían sido hechas hacia el año 100 a. de J. —menos de un siglo después de que se escribió el último de los libros del Antiguo Testamento— por miembros de una secta judía ascética. Más tarde, la exploración de otras cuevas en torno a Qumran ha descubierto porciones de todos los libros del Antiguo Testamento, menos de uno. Muchos de los hallazgos se encuentran hoy en un edificio especial del Museo de Israel en Jerusalén.

Antes del descubrimiento de los rollos, el manuscrito bíblico en hebreo más antiguo databa del año 900. Había discrepancias, significativas para los historiadores, entre esa obra y las muchas versiones del Antiguo Testamento que se habían traducido al arameo, griego y latín, y se habían copiado y revisado repetidamente en el curso de los siglos. Los rollos han hecho posible el análisis intensivo, palabra por palabra, pasaje por pasaje, de las variaciones entre los antiguos textos, y llegar a la exposición israelita más definitiva de su historia que se haya reunido jamás.

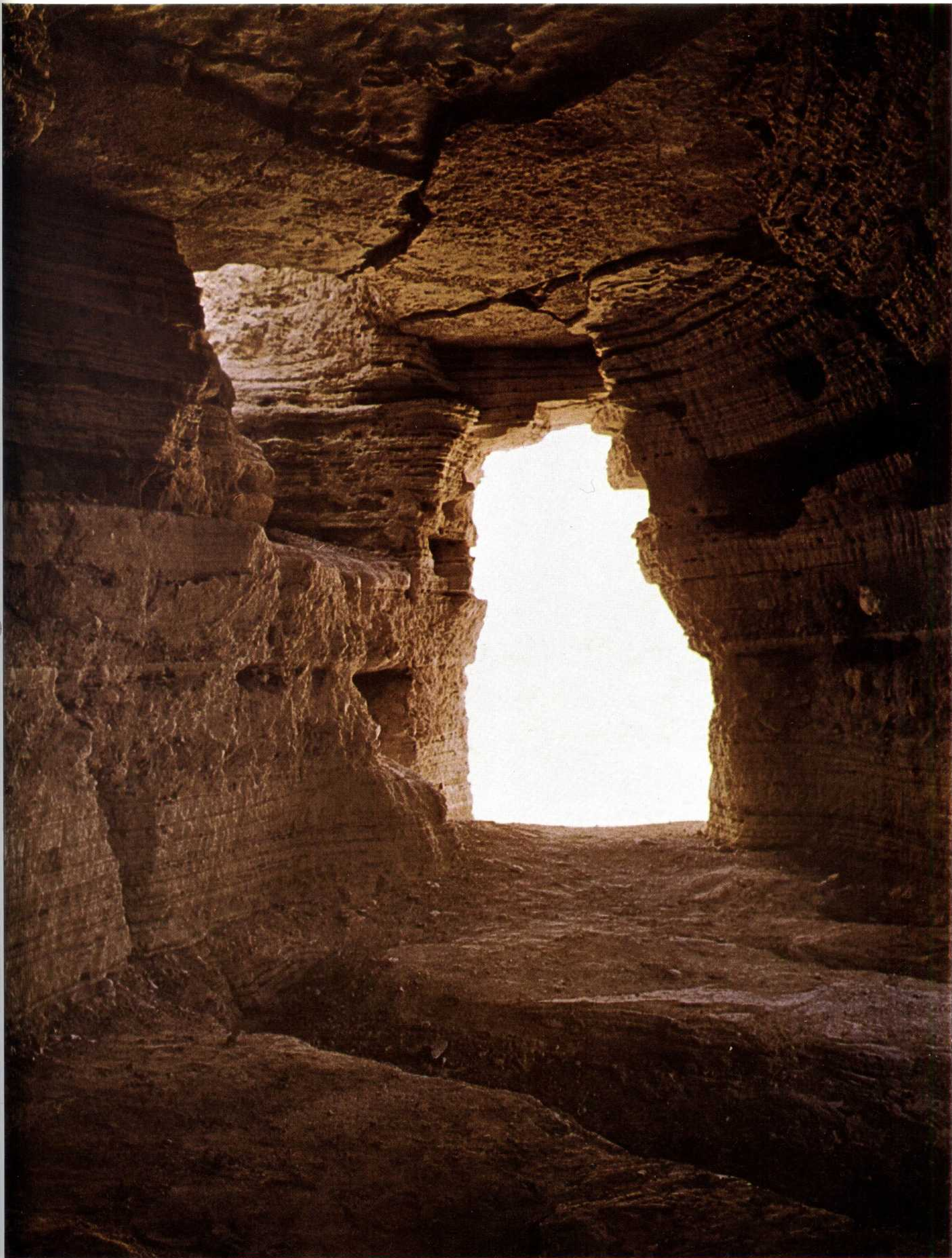
En Busca de un Tesoro Bíblico

Durante un decenio después de que se descubrieron los primeros rollos, se exploraron los riscos de la región del mar Muerto para buscar más textos. Siguiendo a menudo a los buscadores beduinos de tesoros, que vendían los antiguos escritos a los compradores de antigüedades, los arqueólogos exploraron más de 200 lugares tan sólo en el área de Qumran: algunos, espaciosas cavernas donde podían trabajar con relativa comodidad; otros, meras grietas. De las cuevas exploradas, sólo diez dieron más rollos, en su mayoría muy deteriorados. Pero de los centenares de fragmentos y los pocos manuscritos relativamente intactos, los investigadores pudieron obtener porciones de casi todos los libros del Antiguo Testamento.



Sólo usando los métodos del montañismo pudieron los arqueólogos subir a la cueva, por la superficie casi vertical de un barranco de 450 metros. Una vez en ella, se hundieron en más de medio metro de polvo, y rebuscaron los pequeños fragmentos de los rollos con pinceles y pinzas.

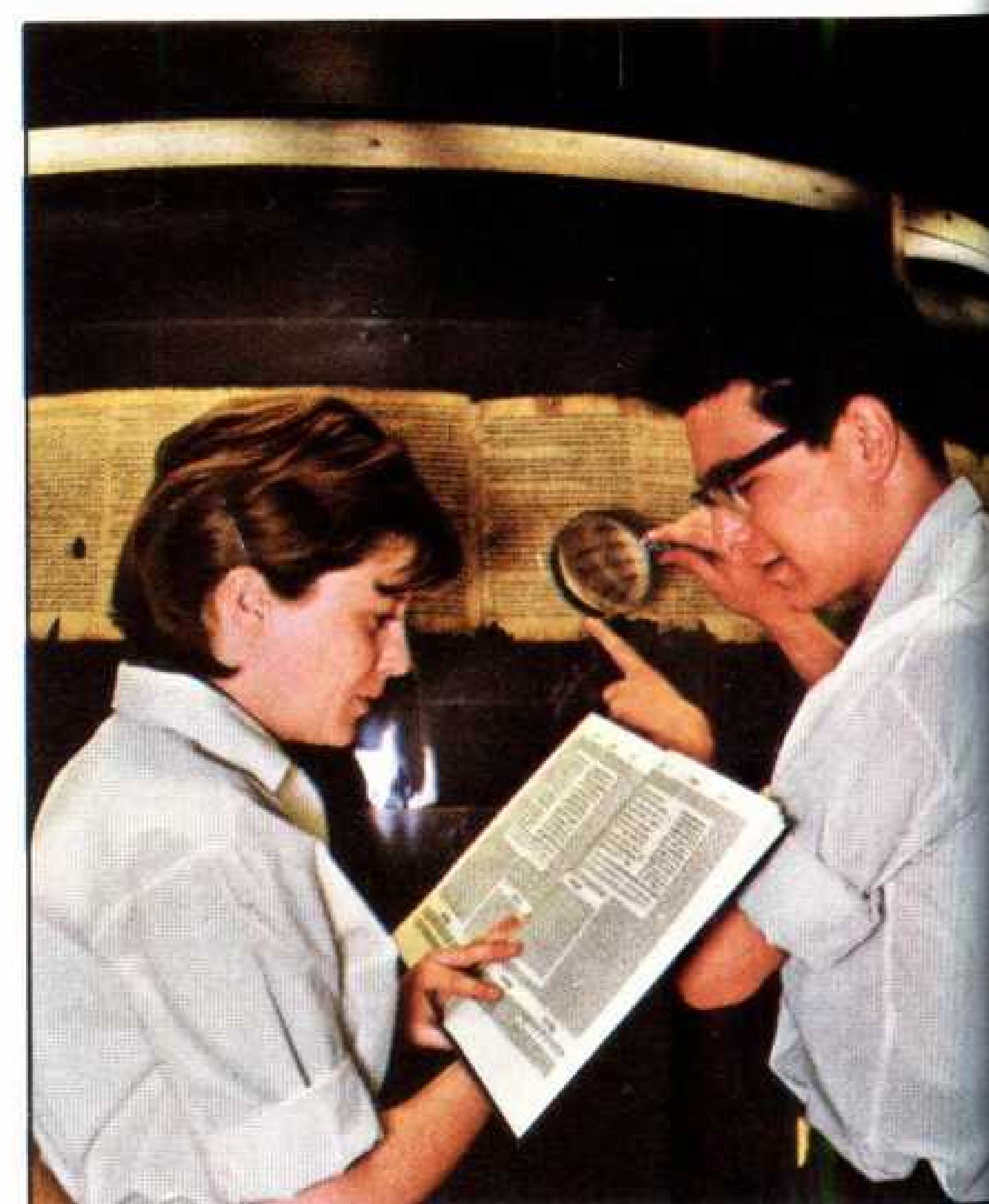
Conocida por Cueva IV, la caverna relativamente grande de la derecha, de unos siete metros de profundidad, dio los mejores hallazgos. Los fragmentos inscritos de cuero hallados aquí representaban unos 400 documentos de la biblioteca de los judíos de Qumran, entre ellos libros bíblicos y litúrgicos.



Descifrando Secretos de 2.000 Años

Las jarras cubiertas en que los antiguos habían guardado sus preciosos rollos sirvieron notablemente bien para impedir su desintegración; sin embargo, 2.000 años de estar en las secas cavernas causaron algunos daños. Como en muchos casos el cuero seco se había hecho quebradizo, los expertos los sometieron a un procedimiento especial de humedecimiento antes de extenderlos, lo cual hicieron para ponerlos después bajo un cristal. Los fragmentos ilegibles porque se había oscurecido el cuero, sólo pudieron leerse tomando fotografías con luz infrarroja, que hace resaltar las diferencias de color. Por último, resueltos los problemas de la fragilidad de los textos, los investigadores pudieron examinar su contenido.



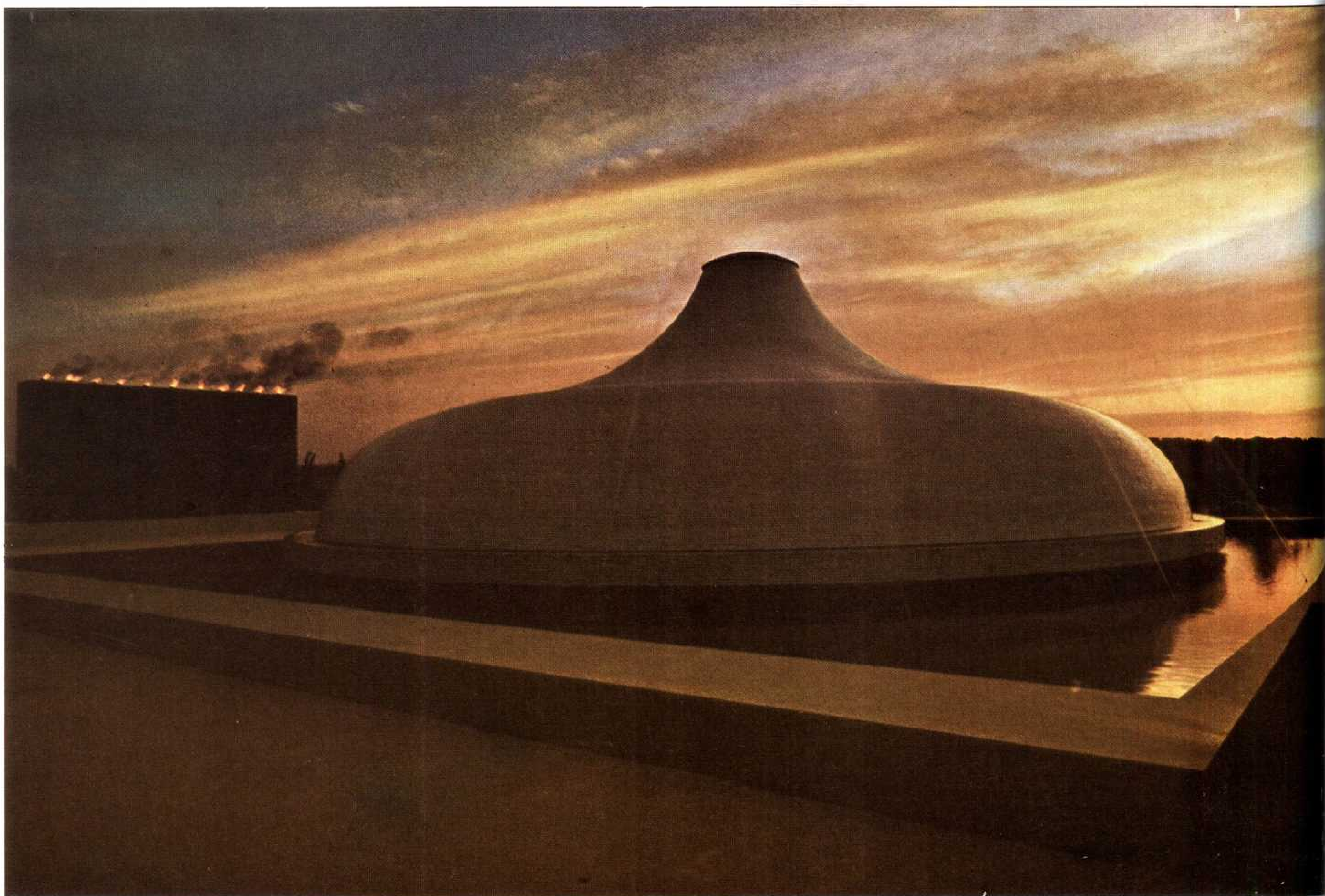


En Jerusalén, los investigadores comparan el texto del rollo que contiene el Libro de Isaías, que data del siglo I a. de J., con un texto en hebreo que data del año 1525. Aunque el libro ha de haber sido copiado una y otra vez en esos 1.600 años, los dos textos apenas difieren, lo cual indica que ya en el año 100 a. de J. los descendientes de los israelitas habían uniformado ciertas porciones de sus escrituras. La parte del rollo que aparece en la página siguiente ha sido poco dañada por el paso del tiempo.

Estos cántaros, de 45 y 70 cm. de altura, contenían algunos de los primeros Rollos del Mar Muerto que se descubrieron. En las vasijas de terracota, los preciosos documentos de cuero estaban protegidos, además, con envolturas de tela de lino.

Un Santuario Para los Textos

De notable diseño, el Santuario del Libro da albergue a los Rollos del Mar Muerto en el Museo de Israel, en la ciudad de Jerusalén. El santuario, construido sobre una colina que domina la ciudad, es en gran parte subterráneo para evocar el ambiente de las cuevas en que se descubrieron los rollos. La parte de la edificación que se alza sobre el suelo —la cúpula, que se eleva sobre un foso *(abajo)*— simboliza las tapas de las jarras que protegieron los textos durante veinte siglos En el corazón del santuario *(página siguiente)*, el rollo de Isaías se extiende alrededor de un tambor coronado por la representación del mango de una Torah, el texto litúrgico tradicional que todavía se usa en las sinagogas.



Las llamas vacilan sobre el muro de basalto negro de la izquierda, que se alza junto al Santuario del Libro como símbolo de la larga historia de los judíos. Los visitantes han de pasar por un túnel para llegar a la cámara principal, cuya cúpula enfrían los chorros de agua tomada del foso.

Directamente bajo la abertura de la cúpula está el punto central del santuario: el rollo de Isaías, de siete metros. Consiste en 17 hojas cosidas de cuero, con 54 columnas de texto. En vitrinas que cuelgan de las paredes del monumento hay fragmentos de otros rollos de la región del Mar Muerto.



Capítulo Segundo: La Promesa y el Pacto



Para todos los pueblos, la religión no sólo encarna las figuras divinas que son objeto de veneración, sino también los maestros de carne y hueso que llevan el mensaje espiritual a sus semejantes, que lo acrecen, que le dan una interpretación nueva para acomodarlo a las nuevas circunstancias, que lo defienden contra la corrupción y lo pasan a la posteridad. Entre los israelitas, según la tradición bíblica, los primeros que desempeñaron este papel fueron los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob; los tres hombres —padre, hijo y nieto— fueron los primeros en percibir y comunicarse con el dios al que los israelitas, andando el tiempo, acabarían adorando con exclusión de todos los demás.

En el Génesis, el dios eligió aparecerse ante Abraham en un lugar llamado Harán, y le dijo: "Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré. Y yo haré de ti una nación grande." Esa nación, según creerían más tarde los israelitas, era su confederación de 12 tribus, pues los israelitas consideraban que sus 12 tribus descendían directamente de los 12 hijos de Jacob, y que Canaán era el país que el Todopoderoso había prometido a Abraham.

El relato bíblico dice que Abraham obedeció el mandato divino. Salió de Harán —ciudad de la planicie al este del río Éufrates, que era una avanzada de la civilización mesopotámica— y se dirigió al sudoeste. Cuando por fin llegó a la ciudad de Siquem en la Tierra de Canaán, se le apareció de nuevo su dios y le dijo: "Esta tierra la daré a tu descendencia." Y Abraham, agradecido, "edificó allí mismo un altar al Señor, que se le había aparecido". En episodios subsecuentes del Libro del Génesis, se dice que Isaac, hijo de Abraham, celebró pactos parecidos —compromisos de adorar "al dios de su padre" a cambio del favor divino—, como también lo hizo Jacob, hijo de Isaac.

Sobre este comienzo, los israelitas pusieron la piedra angular de su fe. Además, acabaron creyendo que, como descendientes directos de Abraham, Isaac y Jacob, estaban obligados a cumplir el pacto sagrado original adorando "al dios de sus padres". Todo el cuerpo de la religión monoteísta habría de descansar más tarde sobre este principio de confianza mutua entre el hombre y una deidad suprema.

Hablando estrictamente, no se puede decir que Abraham, Isaac y Jacob fueron monoteístas; la palabra se aplica generalmente a aquellos que veneran a un solo dios con exclusión de todos los demás. La forma de culto de los patriarcas no estaba reñida fundamentalmente con el politeísmo que prevalecía en su época. Como herederos de esa preciosa tradición, consideraban a su deidad como un protector personal que les ayudaba a pasar las tribulaciones de la vida, de muy parecida manera a como la diosa de los granos velaba por las cosechas y el dios de los escribas cuidaba del arte de escribir.

A pesar de todo, los patriarcas figuran en los orígenes del monoteísmo porque representan la primera enunciación del importantísimo principio de que los fieles, y sus descendientes que adoraran al mismo dios, constituían una familia. Por los vínculos de la sangre y a perpetuidad, los miembros de esa familia estaban obligados con el Todopoderoso, como lo estaban uno con el otro, con todos los matices de confianza, lealtad y seguridad familiar implícitos en esa obligación.

Como saben en la actualidad los arqueólogos, el

En este detalle de un mural del año 1800 a. de J., del palacio de Mari, a orillas del Éufrates, en Mesopotamia, un toro es conducido al sacrificio ritual por un semita que lleva su vestido característico. Los sacrificios de animales constituían una parte fundamental de las religiones del Próximo Oriente. Cuando los patriarcas israelitas querían invocar a su dios, a menudo hacían antes un sacrificio.

dios de los israelitas surgió durante el segundo milenio a. de J. en una sociedad que se mantenía unida por la obediencia a las normas familiares. El patriarca de la familia extensa vigilaba cuestiones sociales tales como las herencias y los matrimonios, lo mismo que las cuestiones espirituales, que constituyen el tema principal de la historia bíblica de los patriarcas.

Según el relato del Génesis, Abraham y su progenie se quedaron en la Tierra de Canaán hasta la cuarta generación, salvo por los viajes periódicos necesarios al este y al oeste, hacia Mesopotamia y Egipto. La narración termina cuando los hijos de Jacob se establecen en Egipto, a donde habían ido originalmente huyendo del hambre en Canaán. Probablemente el relato resume el recuerdo popular de las emigraciones en masa de una o más ramas de las tribus semíticas que anduvieron por el Próximo Oriente durante el segundo milenio a. de J.

Es difícil encontrar huellas arqueológicas de un antiguo pueblo nómada, debido a la naturaleza de su estilo de vida. Pero si no ha habido prueba física incontrovertible de que los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob fueron seres humanos reales, existen abundantes indicios para apoyar la conclusión de que hay verdad histórica sustancial en la narración sobre los patriarcas. El descubrimiento de altares y documentos —cartas, códigos de leyes y contratos civiles— de otros pueblos que fueron contemporáneos y vecinos revela mucho acerca de las estructuras sociales, los usos y las costumbres en Mesopotamia, Siria, Canaán y Egipto durante el segundo milenio a. de J.; y la historia de los patriarcas según la relata la Biblia está llena de detalles que coinciden con los datos arqueológicos.

Cada vez se hace más posible suponer que el papel que desempeñaban los patriarcas es comparable al de los antiguos jefes de familia. Pero no está del todo claro si los israelitas a cuya cabeza estaban eran pastores de ganado que llevaban sus grandes rebaños de un pasto a otro, y de vez en cuando a las ciudades para vender el vellón y el pelo de cabra, o mercaderes que recorrían en caravanas el camino que iba de Mesopotamia a Egipto pasando por las ciudades de Canaán.

Los arqueólogos saben que varias familias o tribus semíticas se dedicaron a ambas actividades por un período de unos 800 años, más o menos del 2000 a. de J. al 1200 a. de J. Aunque los investigadores discrepan acerca de la identidad de las tribus y difieren sobre los detalles de la cronología, en términos generales convienen en que la era de los patriarcas no se inició antes del 1950 a. de J. ni terminó después del 1300 a. de J. Algunos expertos creen que la era no duró más de unos cien años, aproximadamente, suficientes para abarcar las tres generaciones comprendidas en el Libro del Génesis. Quienes suponen que la era de los patriarcas duró el período de 650 años indican que las figuras de Abraham, Isaac y Jacob vinieron a representar fases diferentes, y posiblemente muy separadas, de la historia ancestral de los israelitas, lapsos que, con el tiempo, condensaron en tres generaciones quienes transmitieron la tradición oral. Las historias atribuidas a los patriarcas podrían incluso representar diferentes ramas del árbol genealógico semítico, cuyos diversos recuerdos acabaron fundiéndose en una historia étnica común.

Los investigadores modernos están todavía reconstruyendo una imagen más completa, si bien impresionista, de los primeros israelitas, basada en el estudio detenido de la Biblia en relación con lo que hoy se sabe de las culturas contemporáneas. Así, por ejemplo, la Biblia está llena de alusiones a una importante rama de la numerosa y errante familia semítica. Llamados amorreos, a los miembros de esa estirpe se les suele ver como los enemigos naturales de los patriarcas y sus descendientes. El hecho es

que, muy probablemente, estaban emparentados, eran olas diferentes de las mismas migraciones. Emparentados o no, los amorreos habitaban en partes de Canaán, la tierra elegida de los israelitas, y parecen haber llevado vidas muy parecidas. Por consiguiente, los descubrimientos acerca de aquellos arrojan luz sobre estos últimos.

Los documentos de otros pueblos del Próximo Oriente de principios del segundo milenio a. de J. están llenos de alusiones a los amorreos. La mayoría de los comentarios son poco halagüeños, pero con sus críticas aclaran considerablemente la imagen de su época. La palabra *amurru*, de la que se deriva el nombre español del grupo, significa "oeste" en lengua acadia, la cual era la lengua franca escrita de ese entonces. *Amurru* se refería a la extensa y árida región en que se encuentran los desiertos actuales de Arabia y de Siria, donde tuvieron su origen los amorreos; se hallaba entre Mesopotamia y las verdes montañas y los rápidos ríos de la Tierra de Canaán.

Los acadios eran también semitas y, por lo tanto, parientes lejanos de los amorreos. Sin embargo, también ellos denigraban a esos nómadas que vivían en el oeste, calificándolos de extranjeros que "no conocen los cultivos", y se mofaban del principal dios de los amorreos diciendo que era un dios "que vive en una tienda, expuesto al viento y la lluvia, que escarba trufas al pie de la montaña, que no dobla la rodilla, que come alimentos crudos, que no tiene hogar en su vida ni tumba en la muerte".

Los egipcios llamaban a estos nómadas, "los que cruzan el desierto" y "asiáticos". Entonces, como ahora, los pueblos a los que se consideraba extraños y atrasados se convertían en fáciles blancos del desdén y el escarnio.

Había excepciones en esta hostilidad general, que, por el hecho de quedar consignadas en los documentos, conservaron importantes atisbos de los usos y actitudes de los amorreos. Con aquellos a quienes conocían y merecían su confianza, los nómadas eran pródigos con su hospitalidad, a cambio de la cual despertaban la gratitud. Un dignatario de la corte egipcia, llamado Sinuhé, que hacia el año 1960 a. de J. dejó su patria durante un cambio de reyes y emprendió la marcha hacia Siria, rindió tributo a esta generosidad en un relato de su viaje por el desierto. Había esperado tener contratiempos en el camino, mas en un alto que hizo tropezó con una agradable sorpresa.

"Estaba muriéndome de sed y tenía la garganta llena de polvo", dice. "¡Es el sabor de la muerte! Pero cobré ánimo y me serené, pues había oído el mugir del ganado, y vi a los asiáticos. El jefe de ellos, que había estado en Egipto, me reconoció. Luego me dio agua mientras ponía a hervir leche para dármela." Y Sinuhé reconoció agradecidamente que "lo que hicieron por mí fue un bien".

La tierra que se extendía entre Mesopotamia y Egipto estaba poblada por tribus o grupos familiares semíticos como el que encontró Sinuhé. Cada uno vivía al mando de su cabeza patriarcal. Estos caudillos controlaban los derechos de apacentar y abrevar el ganado en ciertos trechos de tierra; tenían crecido número de servidores y poseían rebaños numerosos de ovejas y cabras.

Pese al pregonado odio a los amorreos, los patriarcas de Canaán parecen haber sido en muchos aspectos semejantes a ellos, según la descripción que hace Sinuhé. La Biblia dice que Abraham, Isaac y Jacob —conforme cada uno heredaba el papel de patriarca— eran dueños de un territorio. Las historias que se narran sobre ellos esclarecen las costumbres para respetar esa territorialidad.

Cuando Jacob regresa a Canaán después de haber estado algún tiempo en Harán, tiene que pasar por el país de Edom, donde hay un distrito gobernado por su hermano Esaú, con quien ha tenido un





Un pastor y su rebaño pasan frente a las ruinas del enorme zigurat, o templo, en Ur, construido en el siglo XXIII a. de J. En el primer término se ven los cimientos del centro residencial y comercial de la ciudad, formado alrededor de un laberinto de callejuelas que unían viviendas, talleres, escuelas y lugares de culto más pequeños. Según el Antiguo Testamento, Ur fue el lugar de origen de los patriarcas; aquí, Tare, acompañado por su hijo Abraham, emprendió el camino hacia Harán, donde habría de morir. De Harán, Abraham, habiendo recibido el mandato divino, salió hacia Canaán.

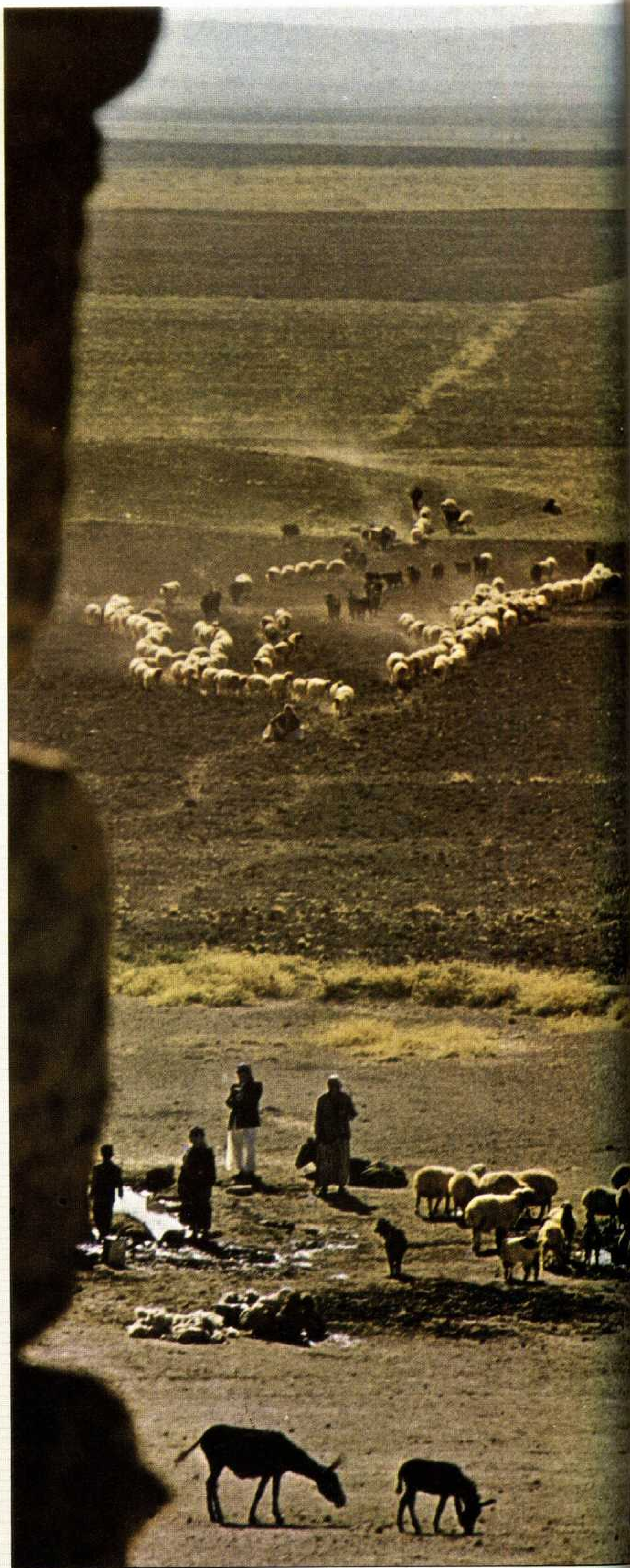
distanciamiento por causa de su herencia. En el camino, los mensajeros traen a Jacob una advertencia: "Fuimos a tu hermano Esaú; y hételo que viene presuroso a tu encuentro con cuatrocientos hombres." Temeroso, Jacob decide ablandar el corazón de Esaú con una demostración de generosidad.

Sigue diciendo la Biblia, hablando todavía de Jacob: "Separó de todo lo que tenía a la mano, lo que había destinado para regalar a su hermano Esaú, a saber, 200 cabras, 20 machos de cabrío, 200 ovejas y 20 carneros, 30 camellas paridas con sus crías, 40 vacas y diez novillos, 20 asnas y diez pollinos, y envió separadamente por medio de sus criados cada manada de éstas."

Luego sigue una escena en que Jacob y Esaú se saludan afectuosamente con venias y abrazos. Esaú, que no quiere dejarse superar en refinada cortesía, se niega a aceptar las manadas que desea darle y ofrece enviar alguna de la gente que va con él para acompañarlo por el territorio que domina.

Gracias a relatos como el anterior, y a las imágenes pastorales y vislumbres que del estilo de vida da el Génesis, tradicionalmente se ha pensado que los patriarcas eran pastores nómadas, como en efecto pueden haberlo sido. Pero había otros hombres que durante la era de los patriarcas iban y venían constantemente entre Mesopotamia y Egipto. Eran los que viajaban en caravanas, y lo que la investigación moderna ha confirmado sobre ellos no está en pugna importante con los relatos de la Biblia. Sobre esa base, algunos investigadores indican hoy que Abraham pudo haber sido el rico y refinado jefe de una caravana que recorría con regularidad las rutas comerciales de la Tierra de Canaán.

Los jefes de caravanas organizaban las expediciones que transportaban artículos de lujo y de primera necesidad de un extremo a otro del mundo civilizado. Este tráfico era el gran negocio del segundo milenio a. de J., y afectaba a gente de mu-



Los pastores turcos llevan sus asnos y ovejas por un polvoriento sendero a las charcas, cerca de una torre en las afueras de la aldea de Harán. Fue aquí, según la tradición, donde su dios ordenó a Abraham, de 74 años, que iniciara la búsqueda de la Tierra Santa. Por eso, Abraham reunió sus escasas posesiones y, con su esposa Sara y su sobrino Lot, emprendió la marcha hacia el sur.

chos oficios. Los artesanos de las ciudades más importantes usaban materias primas traídas de muy lejos para fabricar los artículos destinados al envío y consumo fuera del país. De las minas de Anatolia, las caravanas traían plata; de las islas de Bahrein, en el golfo Pérsico, los barcos traían cobre y piedras preciosas; de Afganistán venía el lapislázuli. Los artesanos de todos los puntos del Próximo Oriente convertían todo esto en joyas y estatuas de los dioses. El marfil que adornaba las casas de los nobles ugaritas provenía de Nubia, en el Alto Nilo. El Líbano exportaba madera de cedro, que usaban los egipcios para construir barcos, y de la cual se extraía resina que empleaban para embalsamar las momias. Siria producía instrumentos musicales: el laúd y la flauta. Los oasis del desierto de Arabia comerciaban con el incienso. Y Egipto elaboraba papiro y lo embarcaba al este en rollos que se usaron después para escribir la Biblia.

Los hombres que dirigían las caravanas eran a veces agentes de los reyes; en los grandes imperios, los negocios eran monopolio del Estado. Pero algunos jefes de caravanas eran empresarios particulares; y eso reza particularmente con Canaán, que carecía de un gobierno centralizado para monopolizar el comercio, mas lo cruzaban los caminos por los que pasaban los mercaderes y había en él muchas ciudades de las que se alimentaba el comercio. Una región semejante, alejada de los centros de poder imperial y, sin embargo, esencial para las transacciones internacionales, resultaba conveniente para hombres de manera independiente de pensar que podían hacer operaciones por su cuenta y negociar con clientes en cualquier punto de sus recorridos.

Los jefes de las caravanas hacían transacciones frecuentes con las ciudades, pero siempre se mantenían apartados de ellas. Al igual que los nómadas, vivían en contacto con la Naturaleza y armaban sus tiendas al aire libre cada vez que necesitaban un refugio temporal. En el camino, traficaban con los pastores de ganado que criaban los asnos necesarios para llevar sus cargamentos, los cuales vendían leche y vellón a cambio de artículos de comercio; los jefes de caravanas negociaban también con los labradores que producían granos alimenticios y aceite de oliva para cocinar. A veces tenían que tratar con los errantes nómadas del desierto para comprar la seguridad de sus caravanas. En un depósito de tabletas encontrado en el yacimiento de Tell-el-Amarna, capital egipcia del siglo XIV a. de J., había una carta del rey de la ciudad cananea de Hazor, quien decía al faraón: "Mi caravana se escapó. Está intacta," señal segura de que el paso indemne por el territorio de los nómadas era constante motivo de preocupación.

Había una buena razón para preocuparse. Las caravanas, que podían ser muy numerosas, a menudo llevaban cuantiosísimas riquezas. Una inscripción egipcia del siglo XIX a. de J., escrita en caracteres cuneiformes y encontrada en Mesopotamia, describe una caravana que consistía en 600 asnos; como los asnos llevaban unos 70 kilos cada uno, al parecer en esa expedición se estaban transportando más de 40.000 kilos de provisiones y mercancías.

Las tabletas de arcilla revelan, además, muchos detalles menudos, todos los cuales ayudan a las laboriosas y eruditas reconstrucciones de esa época. Así, por ejemplo, los asnos eran negros y fuertes. Viajaban por veredas serpenteantes y rocosas, y recorrían de 30 a 40 kilómetros diarios. Llevaban comida para dar sostén a los miembros humanos y animales del grupo, suficiente para intervalos de diez días por las partes deshabitadas del desierto. La expedición necesitaba un auxiliar por cada cinco asnos, de modo que una caravana de 600 asnos ha de haber tenido unos 120 auxiliares.

Quizá la razón más importante que citan los investigadores para sostener la teoría de que Abra-

Cómo se Vivía en la Antigua Jericó

En 1955, los arqueólogos que excavaban algunas tumbas cerca de la antigua Jericó, en Israel, descubrieron los restos de una familia que fue aniquilada por la peste hace unos 3.500 años, y de efectos domésticos enterrados con ellos. Misteriosamente, algunos de los materiales perecederos —madera, cestas de juncos y restos de comida— estaban muy bien conservados debido, como supusieron algunos científicos, a los gases del ambiente encerrados en la tumba, que impidieron su descomposición.

Basándose en el hallazgo según fue visto por primera vez a la derecha, pudieron reconstruir la escena de abajo. La fecha es el año 1600 a. de J. La morada es de ladrillos de barro. Sus ocupantes eran un hombre, dos mujeres y tres niños.

Su estilo de vida era típico del período, cuando los patriarcas israelitas andaban errantes en Canaán.



Entre los objetos hallados en la tumba había cestas de juncos y muebles de madera, y en una larga mesa, restos de carne de carnero y frutas, y una caja de marfil. Esparcidos por dondequiera había restos de platos y jarras de cerámica.



Basándose en los hallazgos insólitamente completos y relativamente intactos, un arqueólogo-dibujante reconstruyó la hora de comer en una casa de Jericó. Todos los artefactos que se ven en el dibujo fueron reconstruidos con los indicios dados por los fragmentos de la tumba. La cama (primer término) —cuerda tejida en una armazón de madera— era lo más raro.

ham pudo haber sido un jefe de caravanas en vez de un jefe de pastores de ganado, es geográfica; el camino entre Ur, ciudad mesopotámica en la que se supone que nació, y Harán, la ciudad de donde se dice que salió para Canaán, era un eje principal del comercio de Mesopotamia. El nombre de Harán puede significar "puesto de caravanas" en acadio. Harán se hallaba en una planicie fluvial adecuada para el pastoreo; por lo tanto, atraía a los nómadas del desierto. Pero también era un centro del comercio que venía de Anatolia en el norte y de Siria, Canaán y Egipto en el sudoeste.

La tradición bíblica atribuye también a Abraham un hermano llamado Arán; y las figuras de las tradiciones populares suelen llevar nombres sinónimos de sus lugares de origen, de sus ocupaciones o de ambas cosas. Aún más convincente es el descubrimiento de que todos los sitios donde se dice que Abraham rindió culto en la Tierra Prometida —Siquem, Betel, Hebrón y Bersabé— eran estaciones de paso en el camino de caravanas que cruzaba Canaán.

En estos sitios, los patriarcas —o sus contemporáneos entre los cananeos— dejaron algún indicio de sus actividades. En 1960, los miembros de una expedición arqueológica que hacía excavaciones en Betel para buscar el templo de Jeroboam, rey israelita que vivió en el siglo X a. de J., no encontraron lo que buscaban. Pero hallaron otra cosa de interés extraordinario para quienes estudian el período de los patriarcas. Varios estratos bajo la superficie del suelo, los arqueólogos descubrieron las ruinas de una construcción que identificaron como templo, el cual, evidentemente, había estado mucho tiempo en uso, a partir más o menos del siglo XIX a. de J. En el templo había huesos de animales y pedernales de la clase que se usaba para matar animales y raspar las pieles, señales seguras de que en el templo se habían hecho sacrificios de animales. Luego, cavando bajo los cimientos del templo, a un nivel que data aproximadamente del año 3000 a. de J., hallaron una piedra plana, parecida a una mesa, en la cual había lo que parecían ser manchas prehistóricas de sangre que había escurrido por los lados. La piedra de Betel era, sin duda, un altar al aire libre de la especie que, según se dice, usaron Abraham, Isaac y Jacob para rendir culto a su dios en varios lugares de la narración bíblica.

Se confirma la importancia de Betel en la historia de los israelitas por el hecho de que es el escenario de una de las narraciones más famosas de los patriarcas: el sueño de Jacob, en que vio una escala celeste, historia que fascina a los investigadores empeñados en determinar su significado.

La Biblia cuenta que, haciendo camino de Canaán a Harán, Jacob se acostó una noche a dormir. "Y vio en sueños una escala fija en la tierra, cuyo remate tocaba en el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella." Los arqueólogos suponen que la escala representa los largos tramos de peldaños que convencionalmente subían por los lados de las torres-templos de Mesopotamia. Especulan, además, que los ángeles que subían y bajaban por ella pueden muy bien corresponder a los sacerdotes del templo, que hacían procesiones rituales subiendo por los peldaños en la creencia de que la deidad local descendía de los cielos para salir a su encuentro en la parte alta de la torre. Si se acepta esta interpretación de la escala de Jacob, se agregarían varios eslabones a la cadena de pruebas que vinculan a los patriarcas israelitas con Mesopotamia.

Una de las preocupaciones principales de los patriarcas era la de concertar los matrimonios de los hijos de manera que satisficieran los intereses de la familia, y las parejas más propias habrían de encontrarse en el suelo patrio ancestral. Según el Génesis, después de que Abraham hubo pasado a la Tierra de Canaán, envió un criado a Harán, donde se habían quedado sus parientes, a fin de conseguir

una esposa adecuada para su hijo Isaac. El criado trajo a Rebeca, por cuya mano tuvo que negociar con la cabeza de la familia de ésta.

Cuando Jacob, hijo de Isaac, llegó a la edad de casarse, siguió a su vez la tradición; a instancias de su padre, fue puntualmente a Harán, la tierra de su abuelo, para conseguir una esposa adecuada. Regresó con dos —Raquel y Lía, hijas de su tío materno, Labán— junto con dos concubinas, las doncellas de Raquel y de Lía.

La historia que rodea a este viaje nupcial está llena de vislumbres implícitos y explícitos de la vida de los antepasados de los israelitas. Quizá los elementos más convincentes de la historia entrañen antiguas actitudes hacia el matrimonio, la propiedad y los valores religiosos, actitudes todas ellas que están entrelazadas unas con las otras.

En primer lugar, a Jacob no se le permite regresar inmediatamente a su tierra con sus mujeres; para ganarlas, ha de dar muchos y largos años de servicios a Labán. Mientras tanto, se le permite casarse con Raquel y Lía, y procrear hijos. A su tiem-



Respetuosamente descalzado, un patriarca de los tiempos de Abraham se dispone a sacrificar una codorniz bajo un tamarisco. Después de romperle el cuello, le sacará las entrañas y la quemará en el altar, a sus espaldas. Como sus vecinos del Próximo Oriente, los israelitas del segundo milenio a. de J. creían que la ofrenda de animales —sobre todo comestibles— ganaba el favor de la divinidad.

po, Labán recompensa a Jacob por sus servicios con un rebaño de varios centenares de cabras de color vario y vellón abigarrado, y ovejas negras, junto con ganado vacuno, camellos y asnos. Luego, habiendo adquirido todos estos animales, Jacob toma su hacienda, sus mujeres y sus rebaños, y parte sin decir una palabra a Labán para dirigirse a Canaán, viaje de más de 550 kilómetros en línea recta, pero mucho más largo por las veredas de las montañas, serpenteantes y pedregosas.

La Biblia explica que Jacob no anuncia su partida porque teme que, si lo hace, Labán, indigno de confianza, encuentre la manera de evitar que se vaya. Mas el relato sigue diciendo que, cuando Jacob ha recorrido apenas parte del camino, Labán alcanza al grupo, lleno de reproches para Jacob. "¿Qué has hecho?", exclama Labán, "¿por qué has querido huir sin saberlo yo ni avisarme, para que yo te acompañase con regocijos y cantares, y con panderos y vihuelas? No me has permitido siquiera dar un beso de despedida a mis hijas y sus hijos".

Bastante mal estaban las cosas, pero Labán guarda lo peor para el final. "¿Por qué me robaste mis dioses?" Se refiere a las figurillas que representan a sus deidades ancestrales. Son tan importantes, que su pérdida lo impulsa a perseguir a Jacob con la intención de recuperarlas.

Jacob afirma que es inocente e invita a Labán a registrar su campamento. Labán busca en vano por todas partes. Entra en una tienda, en la que encuentra a Raquel sentada sobre un montón de aparejos, y ella le pide a su padre que la disculpe por no levantarse ante su presencia, alegando pudorosamente que la ha sobrecogido "la incomodidad que suelen padecer las mujeres". Raquel tiene ocultos los ídolos bajo las faldas; y así, aunque Labán registra la tienda, no los encuentra. Ofrece una disculpa a Jacob, los dos erigen una piedra en testimonio de su reconciliación, sacrifican una oveja del hato y



Absorto en sus pensamientos, un devoto hace una libación de vino sobre un altar, junto a una columna conmemorativa. Entre los israelitas, la ofrenda de vino a su dios era una gozosa expresión de gratitud en los negocios públicos o personales. Un sacerdote podía hacer la ofrenda para dar las gracias por la victoria de su pueblo en una campaña militar o por una buena cosecha que ponía fin al hambre. O un padre podía hacer un don parecido cuando un hijo enfermo sanaba o cuando le nacía un hijo sano.



Un patriarca israelita, ayudado por dos de sus parientes de la tribu, inicia el sacrificio ritual de un becerro. Después de cortarle el cuello, los devotos recogerán la sangre —que simboliza la vida— en un cuenco de oro, y la rociarán sobre un altar para conjurar la ira de su dios. Las ceremonias propiciatorias estaban prescritas rígidamente en el Levítico. Los cuadrúpedos sacrificados tenían que ser jóvenes, inmaculados, y que se hubieron criado para el consumo humano.

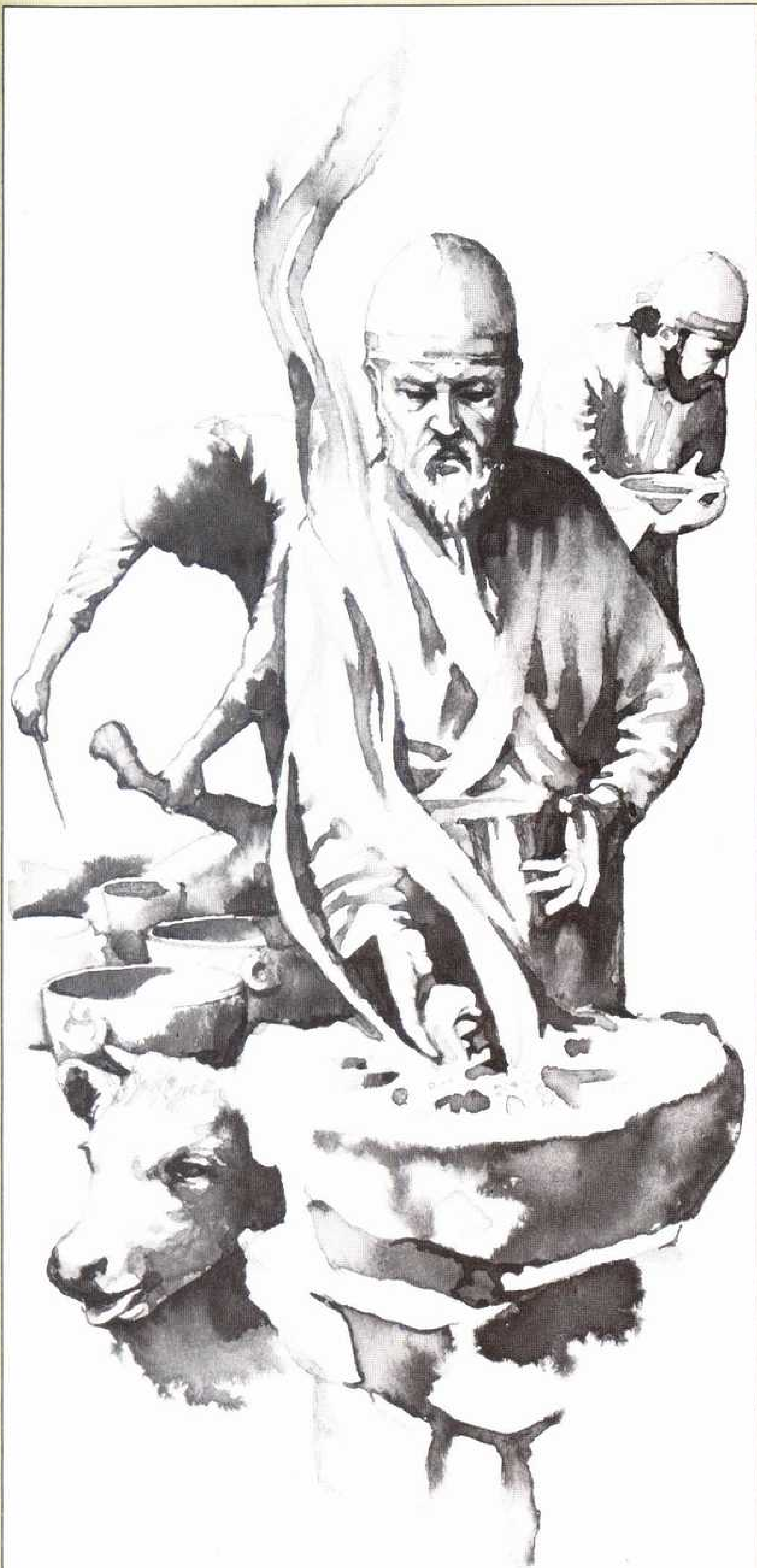
comen de ella, y Labán regresa a Harán mientras Jacob y su séquito prosiguen el camino al oeste.

La Biblia no dice más sobre este episodio. Pero por muchos años preocupó a los investigadores y los teólogos; al parecer, Raquel no recibe ningún castigo por sus pecados, entre los que figuraban el robo, el sacrilegio y la mentira.

Algunas de las inferencias históricas y morales sobre las que descansa la historia salieron a la luz en una serie de excavaciones iniciadas en 1925 en la ciudad mesopotámica de Nuzi, que se encuentra a unos 400 kilómetros al sudeste de Harán. Entre los hallazgos hechos en Nuzi figuraban algunas tabletas del siglo XV a. de J. que documentan contratos de matrimonio. Demuestran que en Nuzi, no menos que entre los patriarcas bíblicos, era corriente que los casamientos se celebraran dentro de las unidades familiares existentes; y se esperaba que la propiedad quedara dentro de la familia. Al hombre que no tenía hijos, la ley le daba una manera de eludir esta obligación: podía designar legalmente un heredero de su propiedad. Generalmente, el heredero era alguien que hubiera trabajado como capataz de las propiedades del hombre, como Jacob había trabajado para Labán.

Una tableta de Nuzi —firmada por cinco testigos además del escriba, lo cual revela la solemnidad con que veía los contratos esta sociedad— es constancia de un convenio entre un hombre llamado Nashwi y otro llamado Wullu, casado con la hija de aquél. Dice en parte: "Mientras viva Nashwi, Wullu le dará comida y vestido." En efecto, eso es lo que hizo Jacob al administrar las propiedades de Labán. "Si Nashwi tiene un hijo", agrega la tableta, "dividirá la hacienda por igual con Wullu, pero el hijo de Nashwi tomará los dioses de Nashwi".

El significado de este contrato es muy claro. De todas las propiedades que un hombre de Nuzi pu-



En una fase posterior de la ceremonia, un patriarca pone a asar trozos de carne en un fuego de leña, sobre un altar de piedra. Después se agregarán la cabeza y el sebo del becerro. En el fondo, dos ayudantes, siguiendo las órdenes de la escritura, lavan las patas y entrañas del animal antes de ponerlas también en el fuego. El aroma de la carne asada se proponía atraer a la deidad y ganar su bendición, pues los antiguos israelitas creían que su dios tenía deseos muy parecidos a los del hombre.

diera dejar a sus herederos, ninguna tenía tanta importancia como sus dioses familiares, los protectores divinos que, según se creía, velaban por su bienestar terrenal. Se pensaba, evidentemente, que las figurillas que simbolizaban a estos protectores divinos —con los que huyó Raquel— tenían poderes mágicos de talismanes. Asimismo, eran parte de la hacienda de un hombre, algo que legaba a su hijo, si lo tenía, o a un heredero designado legalmente.

Vista en relación con lo que nos dicen las tabletas de Nuzi, la historia de Jacob, Labán y Raquel adquiere una dimensión histórica, la forma de un relato que describe una serie real de acontecimientos. Como la Biblia no menciona a ningún hijo de Labán que viviera en la época en que Jacob accedió a quedarse con él, puede decirse que Jacob era la clase de heredero mencionado en las tabletas.

Además, la Biblia dice que Raquel y Lía estaban disgustadas con su padre porque no las nombró herederas a falta de un hijo. En esas circunstancias, ¿no era verosímil que Raquel robara los dioses paternos? En primer lugar, eran la posesión más valiosa de su padre. En segundo, su padre no los había dejado en testamento ni a ella ni a Jacob, el heredero sustituto legal que, además, era su marido. En tercero, Raquel tuvo la oportunidad perfecta para apoderarse en secreto de los dioses, ya que sabía que Jacob se proponía partir sin decirlo a Labán.

Extrapolando a partir de estas interpretaciones, los investigadores han podido arrojar alguna luz reveladora sobre el origen histórico del dios de Abraham, punto focal de todo el Libro del Génesis. Al llevar consigo un dios protector cuando salió de Harán para ir a Canaán, parece claro que Abraham seguía una práctica común, reconocida. Lo mismo hicieron su hijo y su nieto, que después de él veneraron al dios de sus padres y consideraban que ese dios, y las bendiciones que se creía que emanaban de él, eran parte de su herencia, literal y figurada-

Esta pintura de unos nómadas semitas vestidos de brillantes colores, y sus asnos, fue copiada del original que estaba en la tumba de un noble egipcio del segundo milenio a. de J. Da valiosos indicios sobre la indumentaria y costumbres de la familia de Abraham; según dice la Biblia, viajaron a Egipto hacia la época en que se terminó la pintura. Fuera del músico (segundo de la izquierda), todos los hombres —e incluso el chico— están armados. Los vestidos de las mujeres tienen dibujos individualistas. Las sandalias de los hombres contrastan con las botas de las mujeres y de los niños.

mente. Pero modificaron esa herencia según las nuevas necesidades cuando se hallaron en circunstancias diferentes en tierras lejanas, y aceptaron nuevas ideas cuando se establecieron en Canaán.

Uno de estos conceptos adquiridos pudo haber sido el nombre mismo del dios que adoraban. Después de la era de los patriarcas, el nombre del dios que suele relacionarse con los israelitas era el de Yavé. Ese nombre aparece varias veces en el Génesis, pero, sin duda, fue una corrección introducida en las versiones escritas posteriores de este repetidísimo relato, y no llega a predominar como nombre que se daba a la deidad hasta los libros subsecuentes de la Biblia. Los patriarcas mismos daban otros nombres al dios que adoraban, los cuales eran, principalmente, combinaciones de la palabra El.

En las lenguas semíticas, El era un nombre genérico que significaba "dios" o "deidad", y era también el nombre del jefe del panteón de Canaán. A menudo, los patriarcas combinaron ese nombre con otro para invocar los atributos divinos que estaban invocando en ese momento. Entre ellos figuraban El Shaddai, que puede significar Dios de la Montaña; El Elyon, que posiblemente quería decir Eminente; El Olam, que significa Dios de la Eternidad o el Eterno. En generaciones posteriores, cuando los israelitas acabaron adorando a su dios con el nombre de Yavé (cuyo significado exacto se ha perdido), la expresión El como nombre de "dios" sólo sobrevivió en la vieja narración sobre los patriarcas y en algunas formas literarias, como en los Salmos. De modo parecido, las palabras inglesas en desuso "thee" y "thou" (tú) sobreviven en el uso litúrgico moderno y en la poesía, aunque desde hace mucho no se haga uso de ellas en el inglés hablado.

Pero el nombre El sobrevivió también de una manera sutil, formando parte de los nombres de varios lugares y personas que figuran en las narraciones bíblicas. Uno de esos lugares es Betel, nombre de uno de los sitios sagrados en que los israelitas adoraban a su dios, y que significa "casa de Dios". Israel es el nombre que adoptaron los descendientes de Jacob. Se deriva de un incidente atribuido a éste; de acuerdo con el Génesis, cuando Jacob regresaba a Canaán después de pasar largo tiempo en Harán, se le apareció la deidad y le dijo: "Tú no te has de llamar ya Jacob, sino que en adelante tu nombre será Israel", combinación del nombre El y una palabra semítica que quiere decir "esforzarse". Como resultado de este episodio, la progenie de Jacob se convirtió en los Hijos de Israel o israelitas.

Fuera de darnos el nombre del dios El y contarnos cómo se celebró el pacto con él, el Génesis nos dice muy poco acerca de las creencias de los patriarcas. Mas no debe sorprendernos; en casi todas las religiones, los credos formales son obra de hombres que vivieron después. Las primeras narraciones bíblicas dicen de los patriarcas, sencillamente, que vieron en visiones a su dios, el cual, por lo común, se aparecía en forma humana, y que repitieron ritos tales como erigir altares, verter aceite en ellos y sacrificar becerros, corderos, cabritos y tórtolas. Hacían estos sacrificios como una especie de plegaria: una oblación ofrecida espontáneamente con la esperanza de agradar a su dios o de obtener el favor de su protección.

Por lo que toca a la práctica religiosa formal, eso era casi todo. No había momentos prescritos para adorar a la divinidad. Los ritos y ceremonias eran cuestión familiar. No se celebraban reuniones en masa como las que tenían lugar en los templos de Egipto y Mesopotamia, donde un gran número de sacerdotes dirigía los ritos según fórmulas fijas, y los concurrentes en general sólo podían ser espectadores, y sólo parte del tiempo.

Empero, a pesar de la sencillez e independencia de las costumbres de los patriarcas, no hay indicio de que estuvieran en pugna con el sacerdocio



oficial de Canaán. Y tampoco la fe de Abraham, Isaac y Jacob suscitó contratiempos con la población cananea en general; de vez en cuando estallaban luchas encarnizadas, pero las disputas sólo surgían por circunstancias que amenazaban el honor familiar. En realidad, los patriarcas usaban los lugares sagrados de los cananeos para su culto, lo cual indica que coexistían en armonía con sus vecinos, que ya residían en muchas ciudades-estado de Canaán.

El dios que adoraban los israelitas parece haber sido —como los propios patriarcas— la figura de un padre severo. Era menos formidable que el dios de la tempestad que figuraba a la cabeza de muchos de los panteones mesopotámicos y anatolios, y menos caprichoso que los dioses de la fertilidad de las mismas regiones, los cuales podían hacer que el suelo se secara y los rebaños se volvieran estériles por razones inexplicables e imposibles de predecir.

Pero en su preocupación paternal por el bienestar de su familia, el dios de los patriarcas era autoritario en la formulación de las normas por las que habría de mantenerse unida la familia. Exigía obediencia estricta, y otorgaba o negaba sus dádivas —en forma de prosperidad y numerosos descendientes— según se satisficieran sus exigencias.

Un capítulo del Génesis cuenta que el dios ordenó a Abraham sacrificar a su hijo Isaac, que entonces tenía ocho años, pero detuvo la mano del patriarca en el último momento y le pidió que, en su lugar, sacrificara un carnero. La interpretación religiosa explica el episodio como una prueba a que fue sometida la fe de Abraham. Pero algunos investigadores ven en la historia un indicio de que los patriarcas podían aceptar el sacrificio humano como práctica religiosa. Se sabe que los cananeos del segundo milenio a. de J. seguían esta costumbre (aunque, al parecer, estaba desapareciendo), porque las excavaciones hechas en un altar cerca de la ciudad de Gazer han dado jarras de arcilla que contenían los huesos carbonizados de niños pequeños.

La historia de los patriarcas, según la narra el Génesis, introduce muchos de los elementos principales del monoteísmo: la idea de un pacto entre el hombre y un dios personal; la imagen de un dios que vela por la colectividad humana del mismo modo que un padre vela por su familia: proveyendo, reprendiendo, premiando; y el concepto de que cada hombre podía ser su propio sacerdote.

Faltaban dos elementos que más tarde se considerarían fundamentales para el monoteísmo. Uno era la estipulación de que sólo podía adorarse a un dios único; el otro, la creencia de que no existían otros dioses. La semilla de la primera de esas dos ideas habría de germinar en la siguiente fase de la historia de los israelitas. Su florecimiento ocurriría después del largo tiempo que estuvieron en Egipto, a donde, según la tradición bíblica, habían ido los israelitas en busca de granos durante el hambre que reinaba en Canaán; de Egipto, los descendientes de Jacob habrían de ser salvados de la esclavitud por Moisés, héroe, caudillo y legislador.

Capítulo Tercero: Éxodo y Mandamientos



El momento crucial de la historia de los israelitas no llegó en la Tierra Prometida, sino durante el viaje que por el desierto hicieron a Canaán desde Egipto, donde habían estado esclavizados varias generaciones. El Éxodo mismo, inspirado y dirigido por Moisés, señaló la liberación de los israelitas de la opresión de los amos extranjeros, milagro decisivo obrado, según creían, por el dios de sus padres. En algún punto del largo viaje a través de la árida extensión que llevaba a la Tierra Prometida se produjo la formulación de los Diez Mandamientos, el rígido código que creó una moral permanente y un fundamento ético para su religión.

Más de 3.000 años después, el ímpetu de los Mandamientos sobrevive como la fuerza fundamental de la civilización de Occidente. Antes de presentar las prohibiciones más famosas de toda la historia documentada —las reprobaciones del asesinato, el adulterio y el robo—, los Mandamientos empiezan diciendo: "Yo soy el Señor Dios tuyo, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí."

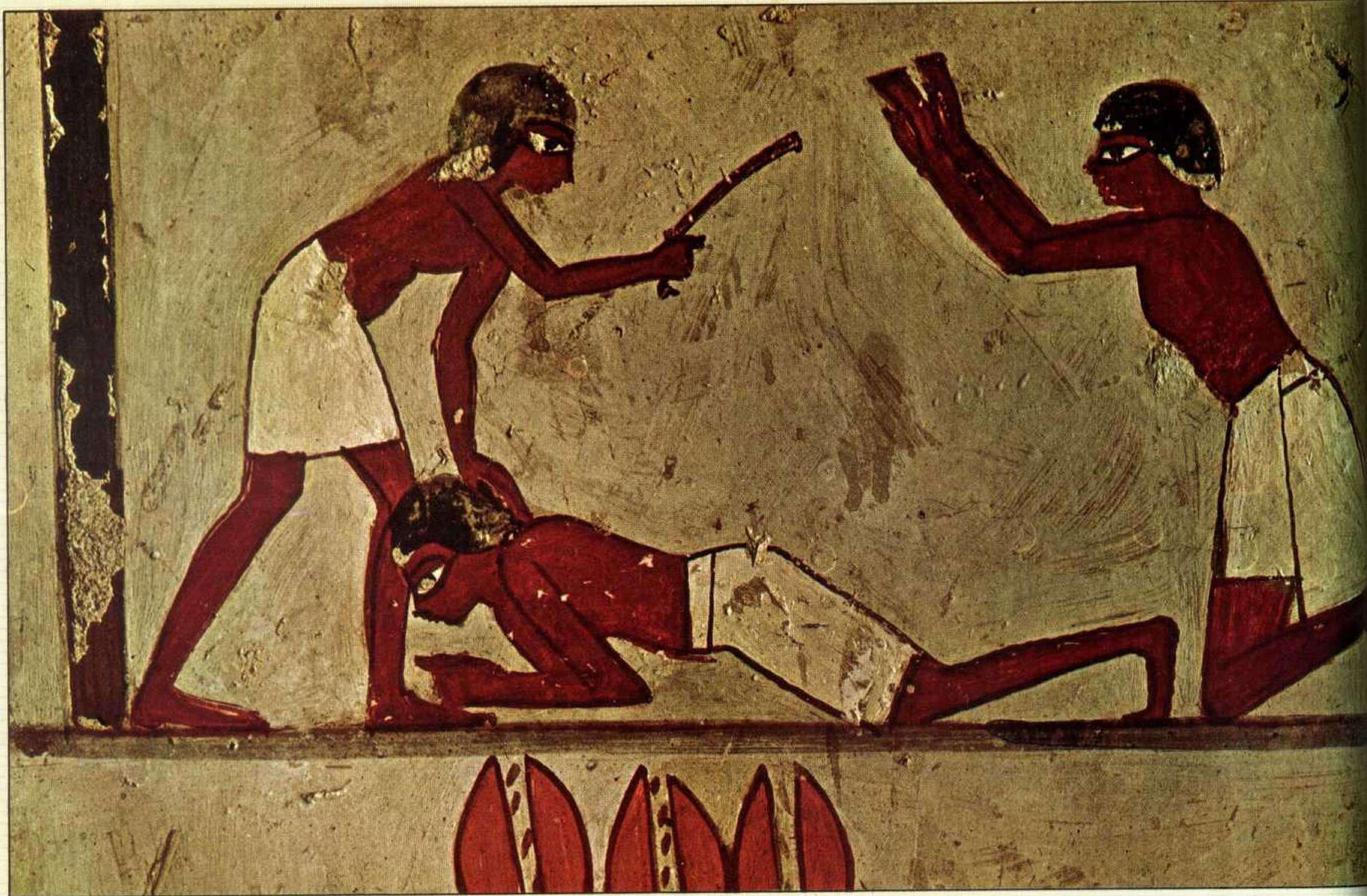
Ese primer Mandamiento erigía al dios de los israelitas —que para entonces se llamaba Yavé— en un ser todopoderoso, el único capaz de dirigir el curso de los acontecimientos humanos; y los nueve mandamientos que seguían vinculaban el culto a Yavé de los israelitas, al principio de que su religión exigía justicia en el trato con sus semejantes.

Ningún arqueólogo ha podido descubrir la ruta exacta del Éxodo ni localizar los sitios de los principales incidentes de ese viaje que se narran en la Biblia. Pero la investigación moderna sostiene que la tradición popular de la huida y de los episodios que la siguieron es fundamentalmente verdadera y probablemente ocurrieron hacia fines del siglo XIII a. de J. en alguna parte de la península de Sinaí o tal vez en el desierto de Arabia.

Pese a las incertidumbres sobre los hechos suscitadas por la investigación, y los evidentes errores de detalle, no cabe duda de que la circunstancia de que los israelitas aceptaran la tradición sobre los años que pasaron en el desierto fue de importancia decisiva para unir a las tribus separadas en una unidad religiosa, política e histórica. Su dios común les dio identidad nacional, una forma común de culto, un código ético común y una meta común: la Tierra Prometida. La narración llevó a una nueva fase el ya creciente concepto del monoteísmo: aunque el Primer Mandamiento no negaba explícitamente la existencia de dioses plurales, ponía al dios único, del que se afirmaba que era la fuente de todos los Mandamientos, por encima de los panteones contemporáneos del Próximo Oriente. Y, cosa más importante aún, la nueva interpretación que daban los israelitas a la vida humana, y los medios que encontraron para salir adelante en su vida —tomados de los nuevos códigos legales— elevaron su religión por encima de las limitaciones de un culto tribal. En ese proceso revolucionario, su fe adquirió la capacidad de atraer a otros pueblos más allá de su familia étnica y de la tierra en que vivían.

El relato bíblico de esta siguiente fase de la historia de los israelitas figura en los libros del Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio, que reanudan la narración en el punto en que la dejó el Génesis. Los hijos del patriarca Jacob, que recibió el nuevo nombre de Israel, se establecen en Egipto, a donde han ido para escapar del hambre

Pintado en el siglo III, este fresco, de más de un metro de altura, representa una concepción tradicional de los poderes de Moisés, dados por Dios. Creando milagrosamente un pozo en el desierto, da agua a 12 israelitas que, agotados por la huida desde Egipto, ya no confían en que los salve. La obra fue descubierta en la pared de una sinagoga, en Dura Europos, antigua ciudad que estaba a orillas del Éufrates, en Siria.



en Canaán. Los egipcios esclavizan a sus descendientes, los cuales, andando el tiempo, salen de Egipto y reciben de Yavé los Diez Mandamientos, así como, más tarde, un complicado cuerpo de leyes que habrían de servirles para regir su vida. Finalmente, llegan, después de un viaje azaroso a través del desierto, al umbral de la Tierra de Canaán. Al terminar estos cuatro libros, las 12 tribus se encuentran reunidas en las montañas que dominan el valle del Jordán, prontas a entrar en él y asentarse en la tierra prometida a sus antepasados.

El héroe de todas las historias que llenan esta serie de libros es Moisés, biznieto, según se creía, de Leví, hijo de Jacob. Según las leyendas que rodean su vida, Moisés nació en Egipto en una época en que el faraón, alarmado por la rapidez con que estaba creciendo la población israelita, ordenó que a todo niño israelita recién nacido se le echara al Nilo para que se ahogara. Mas la madre de Moisés burló la orden poniendo a su hijo en una cestilla de juncos y ocultándola en un carrizal que crecía a la orilla del río, donde la hija del faraón encontró a la criatura. Compadecida por los tiernos vagidos que oyó al asomarse a la cestilla, ordenó salvarlo y que lo criaran en el palacio. Cuando Moisés era ya grande, observó la aflicción en que estaban los esclavizados israelitas, y el dios de sus antepasados lo instó a sacarlos de Egipto.

La historia de Moisés, como las de los patriarcas referidas en el Génesis, tiene elementos de verdad histórica. Por una parte, el propio nombre de Moisés lo relaciona con Egipto; la palabra es egipcia y significa "nacido de" o "el hijo de". Con diversas formas ortográficas, aparece como elemento en los nombres de varios faraones egipcios, entre ellos Tutmosis, cuyo nombre quiere decir "el hijo del dios Thot"; Ptahmosis, que significa "el hijo del dios Ptah"; e incluso Ramsés, elisión del nombre que quiere decir "el hijo del dios Ra". Otros israelitas mencionados en la Biblia llevan nombre egipcios:

El trato que se daba a los trabajadores en Egipto durante la época de esclavitud de los israelitas era duro. En este detalle de una pintura sepulcral del siglo XV a. de J., un sobrestante apalea a un esclavo mientras otro pide perdón. Según el Éxodo, fue un episodio parecido ocurrido a un israelita lo que incitó a Moisés a dar muerte a un egipcio y huir fuera de la jurisdicción del faraón.

Finees y Ofni, sobrinos nietos de Moisés, que aparecen en el libro de Samuel, figuran entre ellos, lo mismo que Merari, posiblemente Aarón y otros miembros de la tribu de Leví.

La narración tiene otra importante corroboración en los hechos verificables: los documentos arqueológicos indican que durante gran parte del segundo milenio a. de J., Egipto tuvo un trato sin precedente con los extranjeros; algunos de estos contactos eran con tribus semíticas cuya manera de vivir, según la describen los egipcios, corresponde a la de los israelitas descritos en la Biblia.

Durante la mayor parte de su historia anterior, Egipto había sido —con algunas excepciones— una comunidad relativamente cerrada, menos expuesta que Mesopotamia a las invasiones y las inmigraciones y, por lo tanto, menos sujeta a la influencia de los cambios culturales. Sin embargo, sin que los afectara la insularidad de Egipto, los nómadas del desierto vagaban de un oasis a otro entre Canaán y Egipto, y entraban periódicamente en este país hasta llegar al delta. Los egipcios consideraban la orilla oriental de esta llanura aluvial en la desembocadura del Nilo, "el comienzo de las tierras extranjeras y el fin de Egipto."

La tierra pantanosa del delta propiamente dicho era un buen lugar para apacentar el ganado, y en sus lindes casi siempre crecían los granos en abundancia. Un escriba egipcio de fines del siglo XIII a. de J., reflejando una actitud que prevalecía entre los dignatarios egipcios durante este período, escribía sobre "dejar que las tribus beduinas de Edom pasen la fortaleza de Merneptah" —quería decir que a los nómadas del desierto se les permitía entrar en la región oriental de Egipto— "para mantenerse vivos y para mantener vivo su ganado". Otro escriba indicaba que los nómadas hacían esto "a la usanza de los padres de sus padres", lo cual revela que se trataba de una viejísima costumbre.

A veces, cuando los tiempos eran penosos en otras partes —es decir, cuando la lluvia era insuficiente más al norte—, los nómadas podían quedarse en el delta o en sus inmediaciones, como dice la Biblia que hicieron los hijos de Jacob. Pero incluso entonces tendían a vivir apartados de los demás, y no se mezclaban con la población aborigen, como hicieron repetidamente sus parientes lejanos en Mesopotamia y en Canaán; por lo general, se iban del delta en cuanto había pasado la crisis.

El retraimiento de los nómadas cuando estaban en territorio egipcio puede haber sido una actitud necesaria; aunque los egipcios de esa época permitían que los extranjeros invadieran sus fronteras, no los acogían con beneplácito. En esos viejos tiempos, tampoco se aventuraban los egipcios fuera de sus fronteras, las cuales encerraban un reino alargado que se extendía 1.200 kilómetros desde la primera catarata del Nilo, en Asuán, hasta la desembocadura del río al norte. Pero las circunstancias del segundo milenio a. de J. alteraron el aislacionismo egipcio. El acelerado movimiento migratorio que se producía en otras partes del Próximo Oriente llevó a un creciente número de pueblos hacia Egipto; y Egipto, a su vez, sucumbió a la tentación del comercio internacional y de construir un imperio.

Los primeros advenedizos importantes que cruzaron las fronteras egipcias fueron los hicsos, pueblo belicoso de origen mixto semítico e indoeuropeo, que llegó a mediados del siglo XVII a. de J. Se asentaron en el Bajo Egipto y se apoderaron de gran parte de la región porque no hubo quien se opusiera: la autoridad del faraón, concentrada en Tebas, era débil en la comarca del delta. Con el tiempo, los hicsos establecieron su capital en Avaris. Así, 2.500 años después de que se fundó la Primera Dinastía en Egipto, una parte considerable del reino cayó en manos no egipcias.

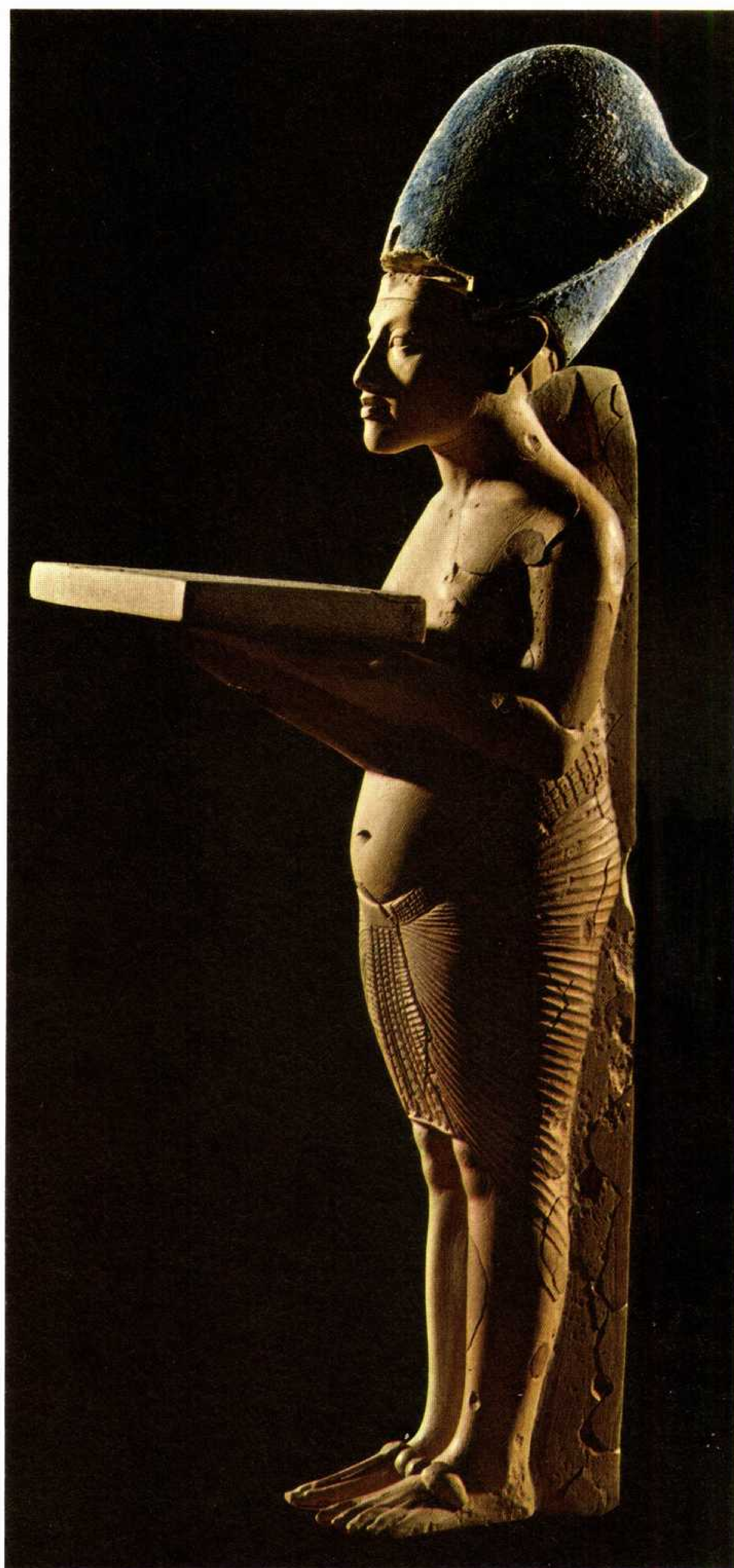
El fenómeno de la penetración extranjera fue una



El Monoteísmo de un Faraón

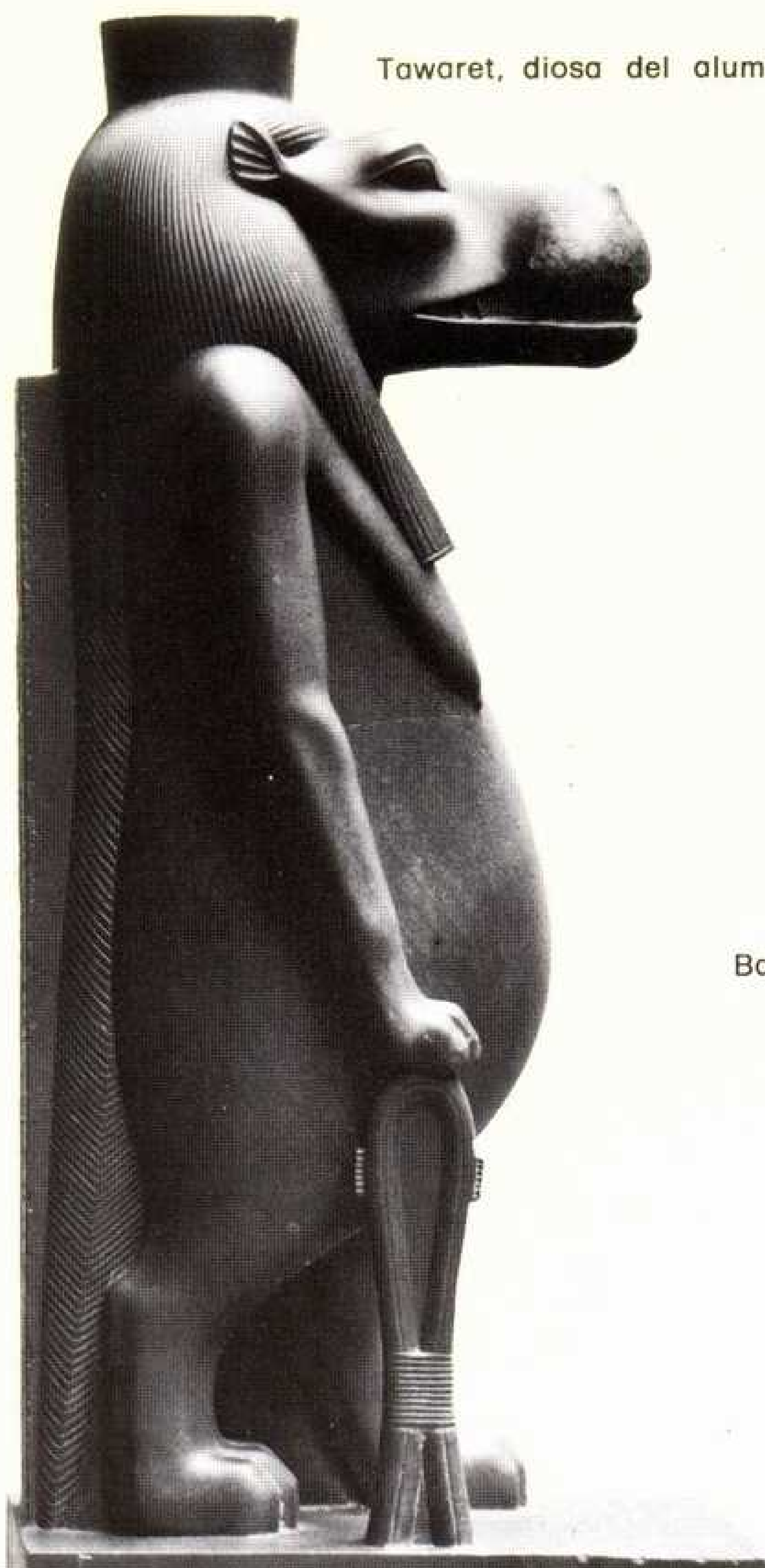
Hasta mediados del siglo XIII a. de J., cuando Moisés sacó a los israelitas de Egipto, ningún otro pueblo del mundo antiguo había adorado a un solo y omnipotente dios; en Egipto, como en otras partes, el pueblo veneraba a muchos dioses. Sin embargo, un siglo antes del Exodo, el faraón Akhenatón hizo un breve y fracasado intento de imponer a sus súbditos una deidad como soberana suprema del universo, un espíritu llamado Atón, cuyo hijo terrenal era el propio faraón y al que sólo éste y la reina podían rendir culto directamente.

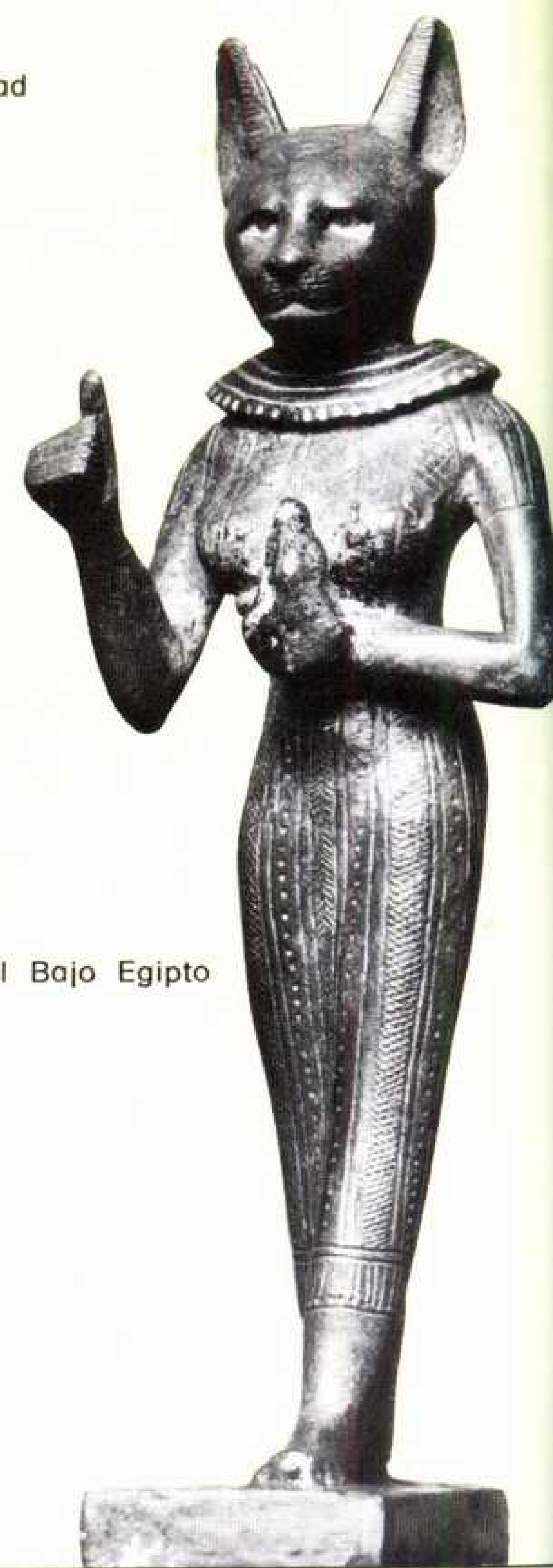
Algunos historiadores han visto en el culto de Atón la primera manifestación del monoteísmo. Pero Atón era una evidente fuerza natural, y a Akhenatón, su único sacerdote, se le consideraba también divino; en cambio, el dios único de los israelitas era un ser todopoderoso y a Moisés, un mortal, se le consideraba su intérprete. En el celo de Akhenatón por establecer el culto de Atón y obligar a su pueblo a que lo adorara a él mismo como manifestación de Atón en la tierra, el faraón construyó una nueva capital en un sitio llamado Tell-el-Amarna. Allí, sin advertir la vanidad de su misión, Akhenatón sirvió a Atón en un creciente aislamiento, olvidándose de sus deberes de soberano y permitiendo que la economía se encaminara a la ruina. A su muerte, su sucesor en el trono volvió a la ortodoxia panteísta.



En esta escena del panel de un altar, el faraón Akhenatón y su reina, la legendaria beldad Nefertiti, juegan con tres de sus hijas mientras reciben los rayos divinos del dios Atón, representado por el disco del sol. A la derecha, una estatua del rey sostiene una bandeja con ofrendas para Atón. La estatua y el panel, de unos 40 cm. de altura, fueron hechos de piedra caliza a mediados del siglo XIV a. de J.


Aton, dios de la creación


Tawaret, diosa del alumbramiento y la maternidad


Bastet, diosa protectora del Bajo Egipto

aberración que duró relativamente poco —un siglo—, pero dejó huellas permanentes en la nación egipcia. Hacia el año 1560 a. de J. se impuso una dinastía aborigen, expulsó a los hicsos y volvió a fijar la capital en Tebas. Pero los advenedizos habían dejado a los egipcios el caballo y el carro de guerra, y el afán de la expansión extranjera.

Cuando Tutmosis III subió al trono en 1490 a. de J., extendió hacia el este los límites del dominio egipcio. Con el tiempo llegó hasta el valle del Éufrates, con lo que convirtió en provincia egipcia casi todo Canaán y parte de Siria. En esta época fue cuando hizo su primera aparición en los documentos escritos el nombre de Canaán.

Los egipcios que llevaron a cabo la expansión deseada por el faraón se daban una vida regalada, como hacen los soldados en todas partes, a costa de los naturales del país. Un escriba del reinado de Tutmosis escribía refiriéndose a la expedición a Canaán: "He aquí que el ejército de su majestad estaba borracho todos los días, como en una fiesta en Egipto." Otro decía que se llevaron a su patria "todas las cosas gratas": incienso, vino y ganado; carros de guerra y armaduras; piedras preciosas, oro y plata. Y entre el botín que se llevaron figuraban cautivos, que pusieron a trabajar como esclavos en Egipto, práctica que continuó bajo los sucesivos faraones durante los 300 años siguientes. Algunos de esos cautivos cananeos pudieron haber sido los antepasados de los esclavos a quienes Moisés sacó de Egipto mucho tiempo después.

En el año 1290 a. de J. subió Ramsés II al trono. Durante su reino extraordinariamente largo, de 65 años, la oscura historia de los israelitas se hace un poco más discernible. Comparando los pasajes bíblicos con los documentos egipcios de su reinado, los investigadores han podido determinar aproximadamente el período en que los israelitas estuvieron sometidos al trabajo de esclavos en Egipto, y conjeturar la fecha de su partida bajo la dirección de Moisés. Los cálculos fijan el Éxodo hacia fines del siglo XIII a. de J., es decir, a fines del reinado de Ramsés o posiblemente cuando ascendió al trono el siguiente faraón.

En verdad, ese período parece haber sido oportuno para la fuga de un pueblo sometido. Aunque

Dioses fantásticos del extenso panteón egipcio
Durante su cautividad en Egipto, a fines del segundo milenio a. de J., los israelitas encontraron un número extraordinario de dioses, de los que los cinco que aparecen aquí no representan más que unos pocos. Los egipcios tenían dioses para presidir todos los aspectos de la vida. Con los siglos, su número siguió creciendo, pues se agregaban dioses con nuevas funciones o formas físicas. Aunque ninguno de los viejos dioses fue desechado nunca, los egipcios alteraban los atributos de algunos, o combinaban rasgos animales y humanos para satisfacer las cambiantes necesidades del pueblo.

Horus, dios del cielo

Anubis, dios de la momificación

la Biblia no lo menciona, los documentos egipcios revelan que la última parte del siglo fue una época de crecientes dificultades para los faraones. En la región del delta, los inmigrantes de Libia, la tierra árida que se extendía al oeste de Egipto, estaban invadiendo el país. A la costa mediterránea de Egipto estaba llegando del norte y el oeste una nueva ola de invasores marítimos. En el año 1200 a. de J., los invasores, los Pueblos del Mar, habían dejado en ruinas al Imperio hitita, y el pueblo al que la Biblia llama filisteo estaba comenzando a apoderarse de la costa de Canaán.

Así, en el turbulento cuarto de siglo entre 1225 y 1200 a. de J., muchísimos extranjeros que habían estado esclavizados en Egipto lograron huir de sus aturdidos amos. Entre ellos pueden haber figurado algunos que, poniéndose a salvo en Canaán, llevaron el recuerdo de haber sido liberados por Moisés.

Es dudoso que estos pobladores semíticos de Canaán fueran descendientes en línea recta de los patriarcas descritos en el Génesis, o que hubieran llegado en un solo grupo. Es más probable que fueran linajes posteriores de semitas nómadas que se mezclaron con otras tribus semíticas ya establecidas en Canaán; con el tiempo, los recuerdos tribales de cada una se concentraron en una antipatía común por los egipcios. Esa emoción pudo haber sido sentida por quienes nunca habían estado en Egipto; el dominio egipcio en Canaán, aunque sólo se sufría esporádicamente y no era del todo opresivo, había sido, en su mayor parte, una carga penosa.

Para quienes habían estado en Egipto, la opresión fue harto real. Ramsés, que emprendió el programa de construcciones más ambicioso que hubiera visto Egipto desde los días de los constructores de pirámides, un milenio y medio antes, reclutaba a los extranjeros para hacer toda clase de trabajos para el Imperio: servir en el ejército, sobre todo en las lejanas guarniciones de la ruta comercial del nordeste que iba a Canaán; labrar los campos y cultivar los viñedos; pavimentar caminos, erigir templos, edificar un nuevo palacio y construir dos nuevas ciudades. Entre sus muchas obras, Ramsés construyó el gran templo de Abu Simbel, donde cuatro colosales estatuas de este faraón, de 20 metros de altura, miran el Nilo desde lo alto.

Durante el Éxodo de Egipto, Moisés cumple con las órdenes de su dios, simbolizado por las manos de la parte superior de este fresco del año 244. A la izquierda, conduce a los israelitas a través del mar Rojo, desecado por intervención divina, por lo que los bajos que quedan bullen de saltarines peces. Formados tras la vanguardia de las tropas están los ancianos de las 12 tribus israelitas tradicionales. A la derecha aparece una segunda imagen de Moisés en el acto de inundar de nuevo el mar Rojo —cuando los israelitas están ya a salvo en el desierto—, que sepulta a los egipcios. El



fresco, de un metro de altura, fue hallado en las ruinas de una sinagoga de la ciudad siria de Dura Europos por una patrulla británica durante la Primera Guerra Mundial. Sin proponérselo, en el año 256 los habitantes lo salvaron; el templo se hallaba cerca de las murallas de la ciudad. En un último intento de defensa contra el ejército enemigo, arrancaron el techo y llenaron las habitaciones de arena para formar una barrera, gracias a lo cual, cuando los británicos desenterrron la sinagoga, encontraron que las pinturas casi no habían sufrido daño después de 17 siglos.



Tanto la Biblia como los documentos egipcios corroboran la teoría de que gran parte del trabajo realizado en el reinado de Ramsés fue hecho por trabajadores forzados. En un grupo de frescos hallado en Tebas se ven esclavos haciendo ladrillos. Mojan la arcilla con agua, agregan paja, amasan la mezcla y la llevan en cestas a los moldes de madera, en que meten los ladrillos para darles forma, y luego los secan al sol. La Biblia subraya la opresión con detalles tan elocuentes que casi nos hacen ver la escena: "Dio orden Faraón a los sobrestantes de las obras y a los exactores del pueblo, diciendo: De ninguna manera habéis ya de dar al pueblo como antes, paja para que haga los ladrillos: que vayan ellos mismos a recogerla; y sin embargo, les exigiréis la misma cantidad de ladrillos que hasta ahora." Las pinturas murales egipcias muestran a los exactores haciendo cumplir estas órdenes, para lo cual azotan a quienes están a su cargo.

Los documentos escritos del reinado de Ramsés también describen el reclutamiento de extranjeros para "acarrear piedras para la gran fortaleza de la ciudad de Ramasés". El Libro del Éxodo identifica por lo menos a un grupo de extranjeros: los israelitas; dice así: "Se les obligó a trabajar con sobrestantes de obras para que los vejasen con cargas insoportables; y edificaron a Faraón las ciudades de las tiendas, Fitom y Ramasés."

La segunda de estas ciudades —llamada por los egipcios Per-Ramasés, que significa "casa de Ramsés"— era la vieja ciudad de Avaris, antigua capital de los hicsos, a la que se dio nuevo nombre. Ramsés la volvió a designar capital, en parte porque su familia provenía de la región y porque prefería su clima al de la capital de sus predecesores en Tebas, donde hacía mucho calor. Los documentos egipcios describen a Per-Ramasés como una "capital llena de alimentos y provisiones"; sin duda, lo que la Biblia quería decir al llamarla "ciudad de tiendas".

Además de ser un caso de poder político y un depósito de provisiones para el faraón, Per-Ramasés era también una capital religiosa. Al igual que otras ciudades importantes del reino, reflejaba la profunda religiosidad que impregnaba la vida de todos los egipcios, desde el faraón para abajo, religiosidad que por sus conceptos y prácticas contrastaba con la fe de los israelitas.

Cada barrio de Per-Ramasés tenía un templo consagrado a un dios diferente. Y en el centro mismo de la ciudad, por un plan deliberado, se hallaba el palacio real, la residencia del rey, "lugar de salas deslumbradoras de turquesa y lapislázuli", según un papiro egipcio. Pues entre los dioses principales estaba siempre el propio faraón: la encarnación de todos los poderes de la Naturaleza, el intermediario entre la tierra y el cielo, el símbolo del orden universal. Un egipcio que servía a Tutmosis III en el siglo XV a. de J. escribía refiriéndose a la divinidad del faraón: "Es un dios por cuyos tratos vive uno, padre y madre de todos los hombres, solo consigo mismo, sin igual."

Sin embargo, quedaba sitio para los dioses menores. En Egipto, como en Mesopotamia, el panteón los tenía a centenares: dioses de la tierra, el cielo y cada una de las regiones y ciudades del imperio; dioses que reinaban sobre los muertos y dioses que velaban por los vivos. Así, por ejemplo, al dios Knum se le atribuía haber creado al género humano en una rueda de alfarero; su esposa, Heket, ayudaba a las mujeres en el alumbramiento. El dios Thot presidía los pesos y las medidas; la diosa Ernutet era la patrona de los granos alimenticios.

Esta jerarquía panteísta prevaleció en la larga historia del antiguo Egipto, salvo por un breve período durante el siglo XIV a. de J.; en esa época el faraón Akhenatón hizo un efímero intento de introducir algo parecido al monoteísmo. Su reforma

no tuvo antecedentes visibles ni efectos duraderos. Pero a causa de que el concepto apareció en una tierra en la que los israelitas pasaron tanto tiempo, no se ha querido desechar su posible relación con el desarrollo del monoteísmo.

Akhenatón fue, en el mejor de los casos, un inadaptado. El faraón era un hombre de aspecto extraño, de mandíbula caída y caderas y muslos demasiado grandes. Sigue siendo un misterio lo que inspiró sus ideas religiosas, pero se propuso proclamar las virtudes de un dios único, Atón; preceptuó que Atón había creado el mundo y "a todos los hombres y el ganado y las bestias salvajes". Atón era el soberano supremo de Egipto, de todos los países extranjeros y del "gran mar verde".

Esta deidad representaba un nuevo y curioso rumbo en una tierra donde la mayoría de los dioses y los papeles que representaban tenían una relación específica, concreta, con la vida del pueblo; al dios del Nilo, por ejemplo, se le veneraba por la vivificante inundación anual de las orillas del río que permitía florecer los cultivos. En cambio, Atón era una deidad abstracta; nunca se le representaba en las formas animales o humanas que los egipcios estaban acostumbrados a adorar. A Atón sólo se le podía ver como el disco del sol que pasaba cada día sobre Egipto vigilando todo lo que había creado. Su dominio era total; ninguna fase de la vida era demasiado vasta o insignificante para su atención. "Cuando, en el huevo, el polluelo habla dentro del cascarón", dice un himno escrito por Akhenatón, "tú le das el aliento para mantenerlo".

Tan celosamente abrazó Akhenatón su invento, que intentó suprimir a todos los dioses que los egipcios habían amado desde tiempo inmemorial. No contento con condenarlos de palabra, envió trabajadores armados con martillos y cinceles a todos los templos y tumbas de Egipto para mutilar las inscripciones que honraban a otros dioses, supliendo el nombre Atón y poniendo especial cuidado en borrar de los jeroglíficos la palabra plural "dioses".

La iconoclasia de Akhenatón no vivió más que el propio rey. Cuando murió, hacia el año 1350 a. de J., su religión murió con él. Por breve que haya sido su obsesión, algunos historiadores suponen que su creencia en un solo dios —singularísima para su época— pudo haber proporcionado la semilla de las ideas de Moisés que habrían de sacudir a los israelitas apenas un siglo más tarde.

Pero el peso de las opiniones autorizadas contradice abiertamente esta teoría. Por una parte, Atón, como el sol, no era más que una fuerza cósmica; Yavé regía el cosmos entero. En segundo lugar, Atón era visible todos los días; Yavé tomaba a veces temporalmente forma humana para manifestarse a un hombre determinado en un momento especial, pero desde el principio fue, en su concepción, un ser divino sin forma alguna. Y en el celo de Akhenatón por imponer su culto a sus súbditos, descuidó el elemento indispensable para la aceptación popular: privó al pueblo del derecho de adorar al dios directamente. Sólo a él y a su familia, que obraban como intermediarios, se les permitía venerar personalmente a Atón. El pueblo debía guiarse por la antigua creencia en la divinidad del faraón, lo cual dejaba sin resolver la cuestión de si Akhenatón sancionaba en realidad dos dioses —incluyéndose a sí mismo— en vez de uno solo. Por último, el culto de Akhenatón no se orientaba hacia ningún principio ético y moral, como hacía el culto de Moisés.

Efectivamente, hay muchos indicios de que, lejos de ser de origen egipcio, la idea del dios personal es semítica. En el Éxodo, el dios de los israelitas se pone de claro relieve, y en sus páginas adquiere algunas nuevas características.

En primer lugar, ha adquirido el nombre de Yavé. En el antiguo hebreo —cuyo alfabeto tenía, si aca-

Ídolos que Rivalizaban con el Dios Único

A dondequiera que iban los israelitas en el antiguo Próximo Oriente, encontraban el culto de los toros. Adorado por su virilidad y temible fuerza, a este animal se le veía a menudo como un dios por su propio derecho o como una ofrenda digna de las deidades. En Mesopotamia simbolizaba la fecundidad, las tormentas e incluso el cielo. En Egipto se le veneraba diversamente como dios de la fecundidad, como un aspecto del sol y, en forma de Apis-Osiris, como señor de la inmortalidad y la eternidad. Los cananeos expresaban su devoción enterrando la efigie de uno de estos animales en los cimientos de un templo. Por esta razón, inevitablemente, cuando decayó la fe de los israelitas —como cuenta el Exodo que sucedió— y necesitaron un ídolo para adorarlo, su sacerdote, Aarón, mandó fundir un becerro de oro.



Entre los cuernos en forma de lira, Apis-Osiris, dios toro de Menfis, lleva un disco solar y una víbora heráldica, que se usaban juntos como símbolo del poder de las deidades del sol. De menos de 15 centímetros de alto, la estatuilla de bronce fue hecha durante el siglo VI a. de J.



Esculpida en refulgente alabastro, esta cabeza de toro, de 20 cm. de altura, no tenía adornos, fuera de las incrustaciones de piedra oscura que forman los ojos. Obra de un artista sumerio de Mesopotamia, fue tallada a principios del tercer milenio a. de J., probablemente como ofrenda votiva para un dios de Sumer.



Un becerro de bronce, de 35 cm. de alto, el cual evoca al ídolo herético que hizo Aarón, sacerdote israelita, está recubierto con una capa de oro. Hecho en el segundo milenio a. de J., proviene de la ciudad de Biblos, donde los cananeos lo enterraron con la piedra angular de un santuario.

so, pocas vocales—, la palabra se escribe YHWH, y estas mismas cuatro consonantes ocurren en diferentes formas del verbo hebreo "ser". Este hecho ha inducido a algunos investigadores a relacionar el nombre con varios conceptos de ser.

Según el relato bíblico, Moisés, cubriéndose el rostro con las manos para protegerlo del resplandor de la visión que ha aparecido ante él, pregunta a su dios: "Y bien, yo iré a los hijos de Israel, y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Pero si me preguntaren: ¿Cuál es su nombre? ¿qué les diré?" En el texto hebreo original, la respuesta es enigmática: dice *Eheyeh-asher-Eheyeh.* Desde los primeros tiempos del estudio y la traducción de la Biblia, la respuesta se ha vertido con variaciones en la forma de escribirla; pero siempre se le ha dado el mismo sentido general: "YO SOY EL QUE SOY. He aquí lo que dirás a los hijos de Israel: EL QUE ES me ha enviado a vosotros".

Los investigadores han llenado páginas y más páginas sobre el significado de esa frase enigmática, y sobre el nombre de Yavé que se deriva de ella; pero no pueden llegar a un acuerdo. Una teoría sostiene que YHWH quería decir "Yo soy" en el sentido de existencia eterna. Pero lo importante es que cuando YHWH se puso por escrito —lo cual no sucedió, por lo menos, durante 200 años después del viaje por el desierto—, probablemente los mismos israelitas habían olvidado ya la significación original; consideraban sagrado el nombre de Yavé porque designaba a su dios.

También lo incorporaban con frecuencia en los nombres que ponían a sus hijos, siguiendo una práctica común de la época. Al igual que los faraones egipcios Tutmosis, Ptahmosis y Ramsés, los soberanos del Próximo Oriente solían usar los nombres de sus dioses en los que se daban a sí mismos. Así, por ejemplo, en el nombre del rey asirio Asurbanipal está incorporado el del dios Asur. Los israelitas aplicaban el nombre de Yavé a sus sacerdotes y profetas, lo mismo que a sus hijos, como una manera de invocar la protección del dios para la persona a la que se daba el nombre o de ofrecer una plegaria de agradecimiento. Entre los ejemplos conocidos en que el último elemento del nombre —*ías*— es una forma de Yavé, figuran el de Ezequías (que quiere decir "Yavé es mi fuerza"), Jeremías ("Que Yavé exalte") y Nehemías ("Yavé ha confortado").

Yavé se da a conocer con ese nombre poco después de que principia el Libro del Éxodo. Indica a Moisés que ha llegado el momento de hacer valer su poder divino sobre el monarca de Egipto y obligar al faraón a librar a los israelitas de la servidumbre. El faraón rechaza la demanda de la divina autoridad —hecha por Moisés y apoyada por su hermano Aarón— y se niega a dejar que se vayan los israelitas. Por consiguiente, Yavé envía una serie de desventuras y plagas para arrancar el consentimiento del faraón. Estos males legendarios, diez en total —entre los que figuran plagas de ranas, mosquitos y moscas, úlceras, granizo y langostas— no obligan a capitular al faraón. Sólo cuando Yavé ordena la muerte de todos los hijos primogénitos de los egipcios, cede el faraón, aunque una vez más muda de parecer: después de que los israelitas han iniciado el viaje bajo la dirección de Moisés, el faraón envía soldados para darles alcance.

El faraón arrostra un castigo cada vez más horrendo al enfrentarse resueltamente a la voluntad de Yavé, mas su obstinación no sirve de nada. La huida de los israelitas y la subsecuente destrucción de sus perseguidores confirma a los israelitas el abrumador poder de su dios contra lo que desde tiempo inmemorial se había considerado una fuerza irresistible: la autoridad religiosa del faraón. Al lograr esta victoria, Yavé ha extendido su protección a toda la nación israelita y, con ello, demuestra ser superior al faraón y a todos los dioses que adoraban

los egipcios. Además, los israelitas encuentran en la victoria, la confirmación del pacto celebrado por sus antepasados con su dios.

A pesar de la significación religiosa de este aspecto de la narración del Éxodo, el relato descansa sobre fundamentos puramente especulativos, por lo menos cuando se refiere a la fuga misma. Está muy lejos de localizarse fácilmente el camino que siguieron desde Egipto (*página 69*). Los esclavos fugitivos eran un problema frecuente para los egipcios, quienes solían perseguirlos en el desierto. "Escríbeme todo lo que ha pasado", ordenaba un ansioso dignatario egipcio a un subordinado que había llevado a cabo una de esas persecuciones en el siglo XIII a. de J. "¿Quién encontró sus huellas?"

Por más que se empeñen, los arqueólogos no pueden encontrar las huellas de los israelitas. Al hacer sus planes, es de presumir que los fugitivos tenían información secreta sobre los caminos mejores —o, en todo caso, los menos peligrosos— que debían seguir. La ruta más corta de Egipto a Canaán habría sido el sendero que subía por la costa cananea, la que usaban los mercaderes, circunstancia que advierte el relato bíblico, el cual sigue diciendo: "No los guió Dios por el camino del país de los filisteos." Esta afirmación es un anacronismo del siglo X a. de J. introducido en el relato; en el siglo XIII a. de J., los filisteos aún no habían consolidado su dominio en la costa cananea. Pero habría habido buenas razones para evitar la costa, ya que en el camino se levantaban ciudades fortificadas, guarnecidas por soldados que podían impedir el paso de los fugitivos.

Así que, en lugar de esa arriesgada ruta, dice la Biblia que "Dios los condujo rodeando por el camino del desierto, que está cerca del mar Rojo". Los historiadores modernos están seguros de que no es una alusión al mar Rojo señalado en los mapas de nuestros días. En primer término, han descubierto que esta manera de escribir el nombre se debe a un error en que incurrieron los traductores griegos del siglo III a. de J.; el texto debería decir "mar de las Cañas", que es como se tradujo en el siglo XVI en la versión de Martín Lutero, quien trabajó con el texto hebreo. En efecto, la geografía confirma la traducción de Lutero; el mar Rojo se encuentra tan al sur del delta del Nilo, del que salieron los israelitas a pie y montados en asnos, que nunca habrían llegado a él. Los egipcios, empleando rápidos caballos y carros de guerra, les habrían dado alcance mucho antes de la famosa hazaña de Moisés: la división de las aguas para que los israelitas pudieran cruzarlo sin peligro. Es mucho más probable que haya ocurrido algo semejante a este incidente en la región del actual canal de Suez, la cual en ese tiempo era una zona de lagos poco profundos que era posible atravesar.

Cuando llegaron al lugar que la Biblia llama monte Sinaí —en algunos pasajes se le da el nombre de monte Horeb—, Moisés da a conocer a sus seguidores los Diez Mandamientos. Eso se desprende claramente del Éxodo, mas resulta casi imposible precisar cuál fue el sitio real en que ocurrió este importante punto de la narración. La montaña podría corresponder a varios sitios en el extremo meridional de la península de Sinaí. Una razón para situarla allí es que en la región hay muchas minas de cobre, y el clan al que pertenecía Moisés por su casamiento practicaba la forja de metales, oficio evidente en una región minera.

Otro sitio posible sería en la extremidad del golfo de Aqaba, al norte del desierto de Arabia. Pueden invocarse los indicios geológicos para apoyar esta teoría, que ayuda a explicar la escena en que la Biblia describe la primera vez que el pueblo oyó los Diez Mandamientos: "Todo el monte Sinaí estaba humeando, por haber descendido a él el Señor

Vista Tradicional de la Marcha de Moisés

Conduciendo a unos 600.000 israelitas en formaciones cerradas, Moisés (abajo, derecha) camina junto al Arca de la Alianza. Este grabado, en extremo romántico, obra de un artista alemán del siglo XVII, se inspiró en las descripciones que hace la Biblia de la marcha de los israelitas por lo que hoy se conoce como desierto de Sinaí.

Directamente detrás de Moisés están los levitas, es decir, la tribu encargada de proteger el arca. Las tres unidades que en filas cerradas van tras ellos son las tribus de Isacar, Judá y Zabulón. Siguen luego las mujeres, los niños y el ganado entre las



carretas cubiertas —que llevan partes del tabernáculo desarmado—, todos ellos protegidos en los dos flancos. Detrás vienen cuatro grupos formador por soldados levitas.

Frente al grupo en que el risco se interna en la planicie están las tribus de Rubén, Simeón y Gad, seguidas por sus complementos, también protegidos, de parientes y bagaje. De las siguientes falanges que van marchando en orden de tres, dos unidades están encabezadas por Efraín y Manasés —contingentes de la misma tribu de José— y la tercera se encuentra al mando de Benjamín. También ellos van delante de sus familias y el tren de bagaje.

De las 12 tribus, las últimas tres pertenecen a Aser, Dan y Neftalí. Cerrando la retaguardia se encuentran los rezagados —los enfermos y los inválidos—, así como otros refugiados no israelitas que también huyeron de Egipto y se han agregado a la marcha.



entre llamas; subía el humo de él como de un horno, y todo el monte causaba espanto. Moisés hablaba, y Dios le respondía con el fragor del trueno."

Para muchos investigadores, la escena plantea la posibilidad de que el mensaje de Moisés estuviera acompañado por una erupción volcánica. A un pueblo que nunca había visto u oído un volcán, semejante acontecimiento le habría parecido, sin duda, misterioso, imponente, explicable nada menos que por el fenómeno de la presencia de una divinidad todopoderosa. La región llamada hoy Sinaí tiene pocos indicios de actividad volcánica, pero el desierto de Arabia está sembrado de volcanes extinguidos.

Cualquiera que haya sido el lugar donde en la realidad pudo haber estado el monte Sinaí, en la leyenda el sitio fue de importancia suprema para los israelitas en virtud del compromiso que adquirió allí todo el pueblo de obedecer los Diez Mandamientos. Después de extenderse sobre las leyes, la Biblia relata: "El pueblo entero contestó a una voz y dijo: Haremos todas las cosas que ha ordenado el Señor." Con este juramento, seguían el ejemplo de sus antepasados, renovaban el pacto con su dios prometiéndole adorarlo a cambio de su protección.

Como suele suceder en un momento crucial de la historia humana, quienes participaron en este acontecimiento honraban a la vez las tradiciones heredadas y les añadían una nueva interpretación trascendental. En su forma, el juramento del monte Sinaí reafirmaba el pacto celebrado por sus antepasados. La nueva interpretación eran los Diez Mandamientos: la exigencia incondicional de comportamiento ético, que no recaía sobre los hombros de un rey, o tan siquiera de un patriarca en nombre de aquellos a quienes representaba, sino de todos los que formaban la familia israelita.

Sin duda, el concepto de que había que pagar un precio por la mala conducta no era una innovación. Los sumerios habían comprendido que el sufrimiento de la desventura era el castigo divino por el mal comportamiento y habían procurado expiarlo mediante ritos sacerdotales. Los babilonios habían instituido leyes que estipulaban castigos por los males hechos, entre ellas una que ordenaba: "Si un hombre ha sorprendido a un hombre con su mujer, y se hacen cargos contra los acusados y se comprueban, se dará muerte tanto a la mujer como a su amante." Basándose en esos principios, los códigos legales que ya existían en el Próximo Oriente habían proporcionado listas cada vez más complejas y explícitas de delitos y las penas que les correspondían. Pero decir, como en el Noveno Mandamiento, "No desearás la mujer de tu prójimo", no tenía precedente. Esta manera de ver el problema busca los motivos particulares de la mala acción, y por primera vez en la Historia puso las raíces de la ley en el concepto de la responsabilidad moral. Hizo de la mala conducta una cuestión que el hombre debía arreglar con su dios. Ese principio habría de ser fundamental para el futuro desarrollo del monoteísmo.

El dios de los Mandamientos era invisible, sin forma e imposible de representar, ya que él mismo lo prohibía; pero los fugitivos que salieron de Egipto y viajaron por el desierto en busca de la Tierra Prometida acabaron creyendo, mientras avanzaban penosamente, que los acompañaba un espíritu divino todopoderoso. Para alojar a ese espíritu construyeron un pequeño santuario transportable, al que llamaron Arca de la Alianza, y lo pusieron al cuidado de las familias que pretendían descender de Leví, hijo de Jacob. Para quienes la acompañaban, el arca era una garantía tangible de que el Señor cumpliría su parte del pacto divino y los llevaría por el desierto hasta la Tierra Prometida, la cual nunca vio Moisés con sus propios ojos. Su tarea, terminada antes de que muriera, fue la de llevar a los israelitas al umbral del cumplimiento.

Trazando el Recorrido a la Tierra Prometida

Los historiadores y arqueólogos contemporáneos han tratado de reconstruir la ruta que siguieron los israelitas cuando huyeron de la esclavitud en Egipto y emprendieron la larga marcha a través de la inmensidad del desierto. Son muchas las posibilidades, y los indicios, relativamente pocos. Sin embargo, el estudio detenido y las deducciones osadas, hechas a menudo en el contexto de la tradición, han servido para reducir las principales posibilidades a las cuatro líneas de camino que aparecen en color en el mapa de la derecha. En cada caso, el terreno que atravesaron los israelitas hace unos 3.000 años se parece hoy mucho a como ha de haber sido entonces: extensiones yermas, sembradas de rocas; dunas y sombrías montañas, y sólo de vez en cuando se encuentra un oasis.

En las siguientes páginas aparecen fotografías de los escenarios que muy bien pudieron haber rodeado a Moisés y sus seguidores durante el Exodo a la Tierra Prometida de Canaán. En el pequeño mapa que acompaña a los pies se localiza el sitio preciso donde fue tomada cada fotografía.



De Ramasés parten cuatro posibles rutas del Éxodo. Desde allí surge la confusión, pues hay por lo menos tres lugares que pueden ser el "mar de las Cañas", donde se atascó el ejército perseguidor. Asimismo, las referencias al monte Sinaí, donde Moisés anunció los Diez Mandamientos, corresponden a no menos de seis picos tan sólo en la península de Sinaí.

¿"Mar Rojo" o "Mar de las Cañas"?





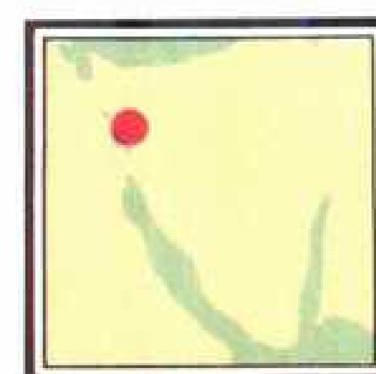
Por un error de traducción, durante mucho tiempo se confundió el golfo de Suez (arriba), brazo del mar Rojo, demasiado hondo y ancho para vadearlo, con el "mar de las Cañas", que ayudó a los israelitas a huir de Egipto.





Cerca del Mediterráneo, una laguna salada —en la que pueden crecer hierbas cuando llueve— es un probable "mar de las Cañas". Cruzando por un banco de arena (fondo), los israelitas pudieron eludir los puestos egipcios de avanzada.

En la época del Éxodo, un pantano lleno de juncos pudo haber ocupado la región que hoy se llama Lagos Amargos. La huida por aquí habría dado a los israelitas la elección de rutas relativamente cortas al este, por la meseta del Sinaí central.



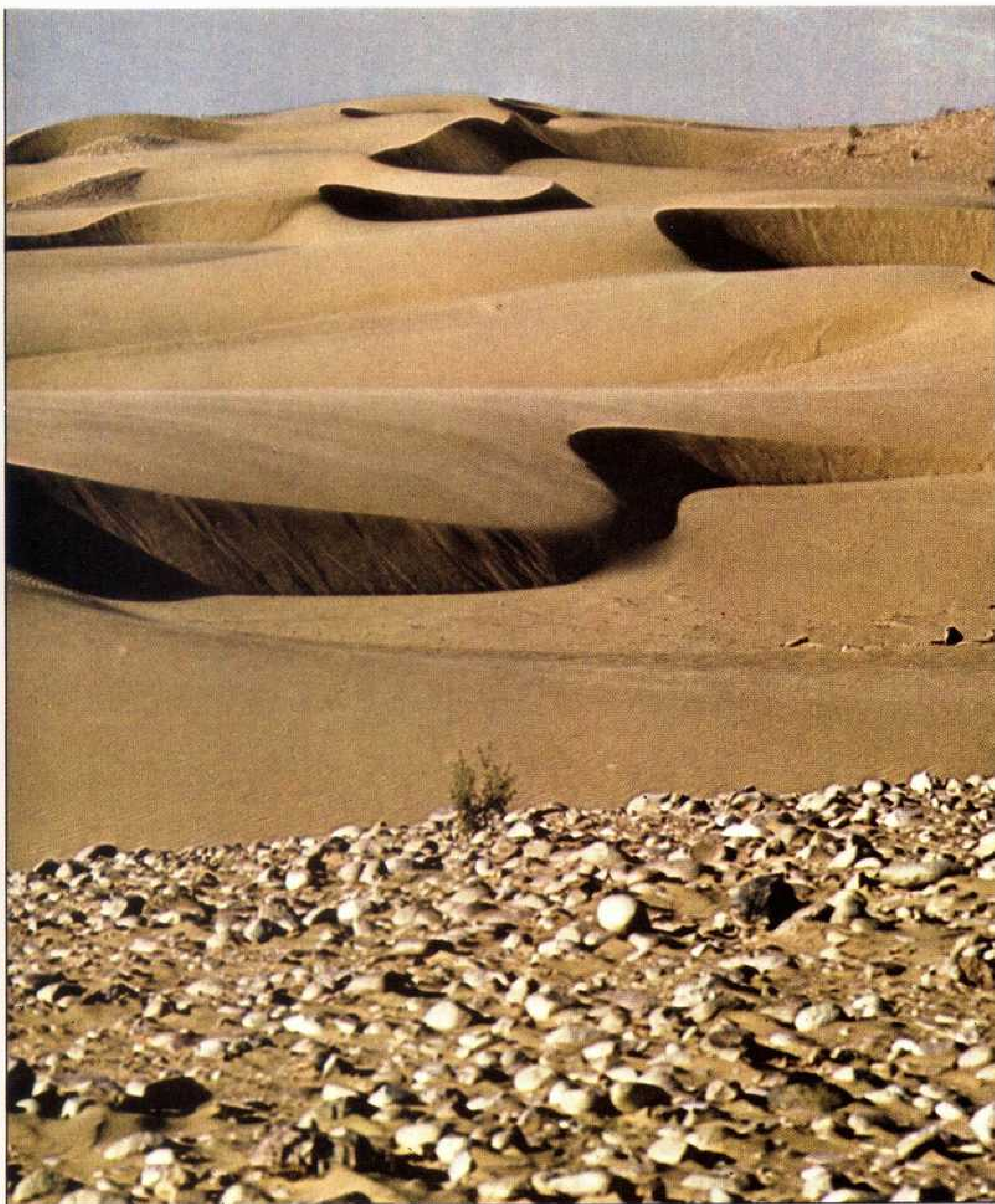


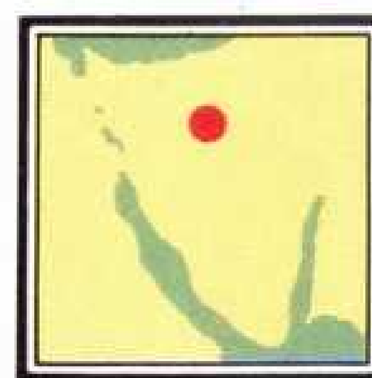
Largos Años en el Sediento y Pedregoso Erial





Abajo de la montaña, el lecho seco de un río —o uadi— abre un cañón en la parte sur de Sinaí. Pasando por aquí, los israelitas habrían corrido el riesgo de tropezar con las patrullas egipcias en las cercanas minas de turquesas.

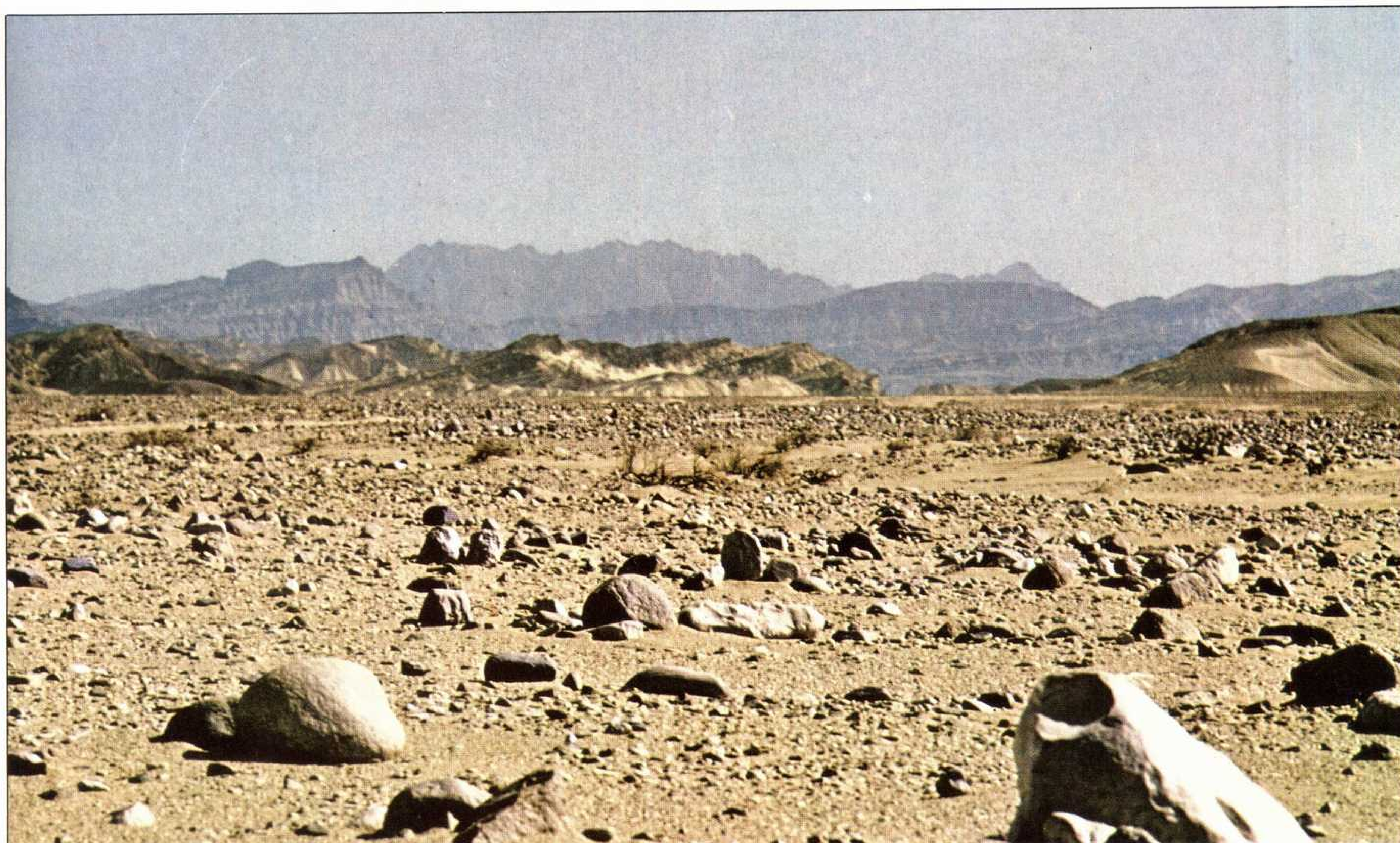




El duro suelo de grava alterna con las dunas de arena en el centro del Sinaí septentrional. Los israelitas habrían hallado aquí poco forraje para sus animales, y habrían padecido sed entre los escasos y diseminados pozos.

En el sudoeste de la península de Sinaí el suelo es llano, pero está sembrado de piedras que dificultan el paso. En el fondo se ve una cadena de montañas, uno de cuyos picos puede haber sido el monte Sinaí de que habla la narración bíblica.





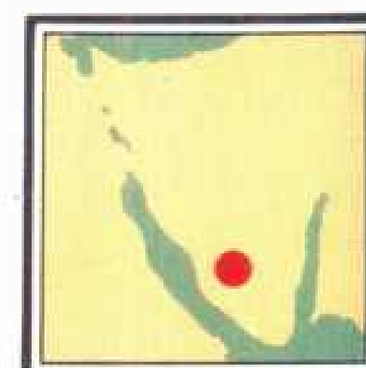
Descansos en los Ríos y Arroyos del Desierto

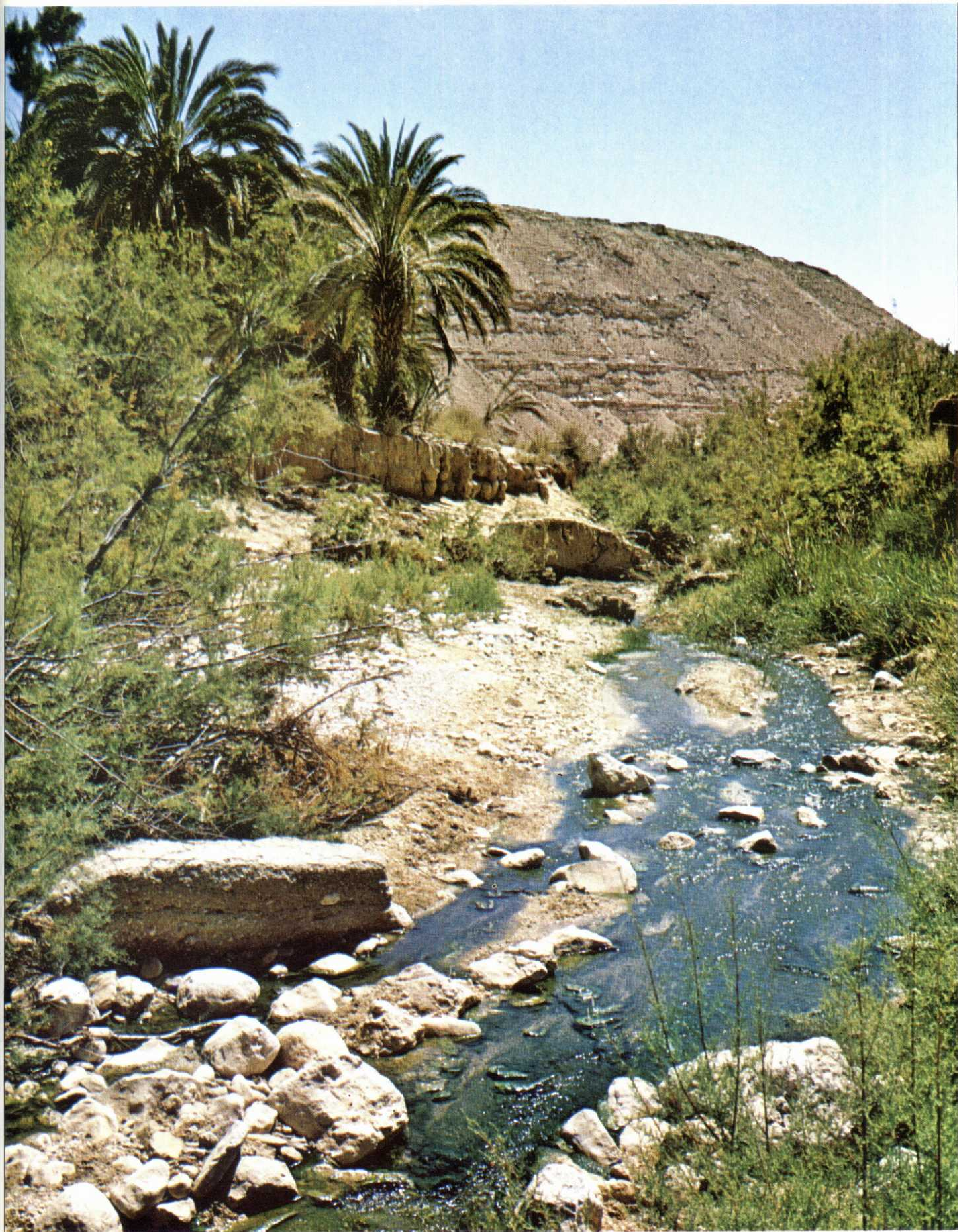


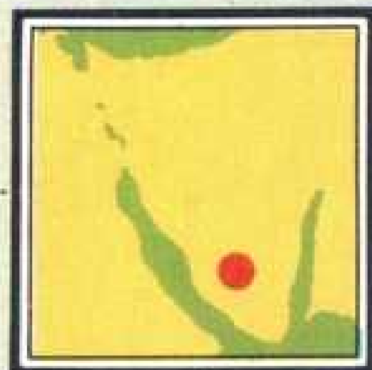


Las acacias —con cuya madera se hizo el Arca de la Alianza durante la huida por el desierto— florecen cerca de Feirán, el oasis más grande de la península de Sinaí, regado por los arroyos y los escurrimientos de las cercanas montañas.

Un riachuelo susurra junto a un palmar en el oasis llamado Cades-Barnea, cuyo nombre connota un lugar sagrado. El oasis es un posible término del viaje de los israelitas por el desierto para llegar al umbral de la Tierra Prometida.



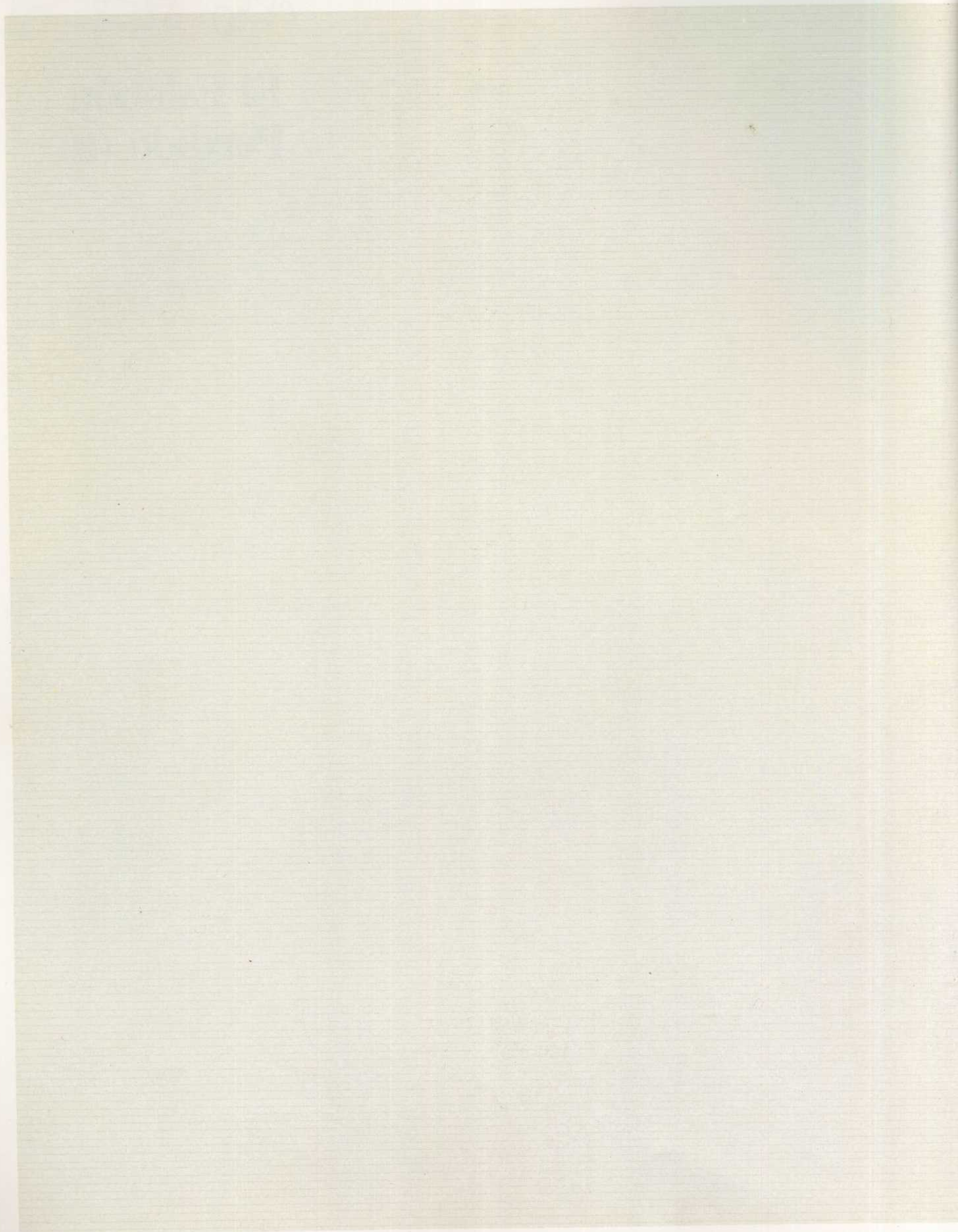




Un amanecer primaveral calienta la enjuta cima de Jebel Musa, masa de granito de 2.285 metros de altura, que desde hace tiempo se ha relacionado con el monte Sinaí bíblico, del que al Antiguo Testamento le importaba más su significación sagrada que su ubicación. Jebel Musa significa "monte de Moisés" en árabe, y es sagrado para musulmanes y cristianos.







Títulos publicados

1 El Eslabón Perdido (I)
2 El Eslabón Perdido (II)
3 La Vida antes del Hombre (I)
4 La Vida antes del Hombre (II)
5 El Primer Hombre (I)
6 El Primer Hombre (II)
7 El Hombre de Neanderthal (I)
8 El Hombre de Neanderthal (II)
9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
11 Los primeros Americanos (I)
12 Los primeros Americanos (II)
13 El Neolítico (I)
14 El Neolítico (II)
15 Los Constructores de Megalitos (I)
16 Los Constructores de Megalitos (II)
17 El Descubrimiento de los Metales (I)
18 El Descubrimiento de los Metales (II)
19 Los Celtas (I)
20 Los Celtas (II)
21 El Nacimiento de la Escritura (I)
22 El Nacimiento de la Escritura (II)
23 Los Fenicios (I)
24 Los Fenicios (II)
25 Los Hititas (I)
26 Los Hititas (II)
27 Las Primeras Ciudades (I)
28 Las Primeras Ciudades (II)
29 Las Primeras Culturas de Grecia (I)
30 Las Primeras Culturas de Grecia (II)
31 Los Israelitas (I)

Próximo volumen

32 Los Israelitas (II)

ORIGENES DEL HOMBRE

31

Los Israelitas (I)

TIME
LIFE

folio